

Mayo - 4,50 francos franceses (España : 95 pesetas)

El Correo de la unesco



BULGARIA: trece siglos de historia y de cultura

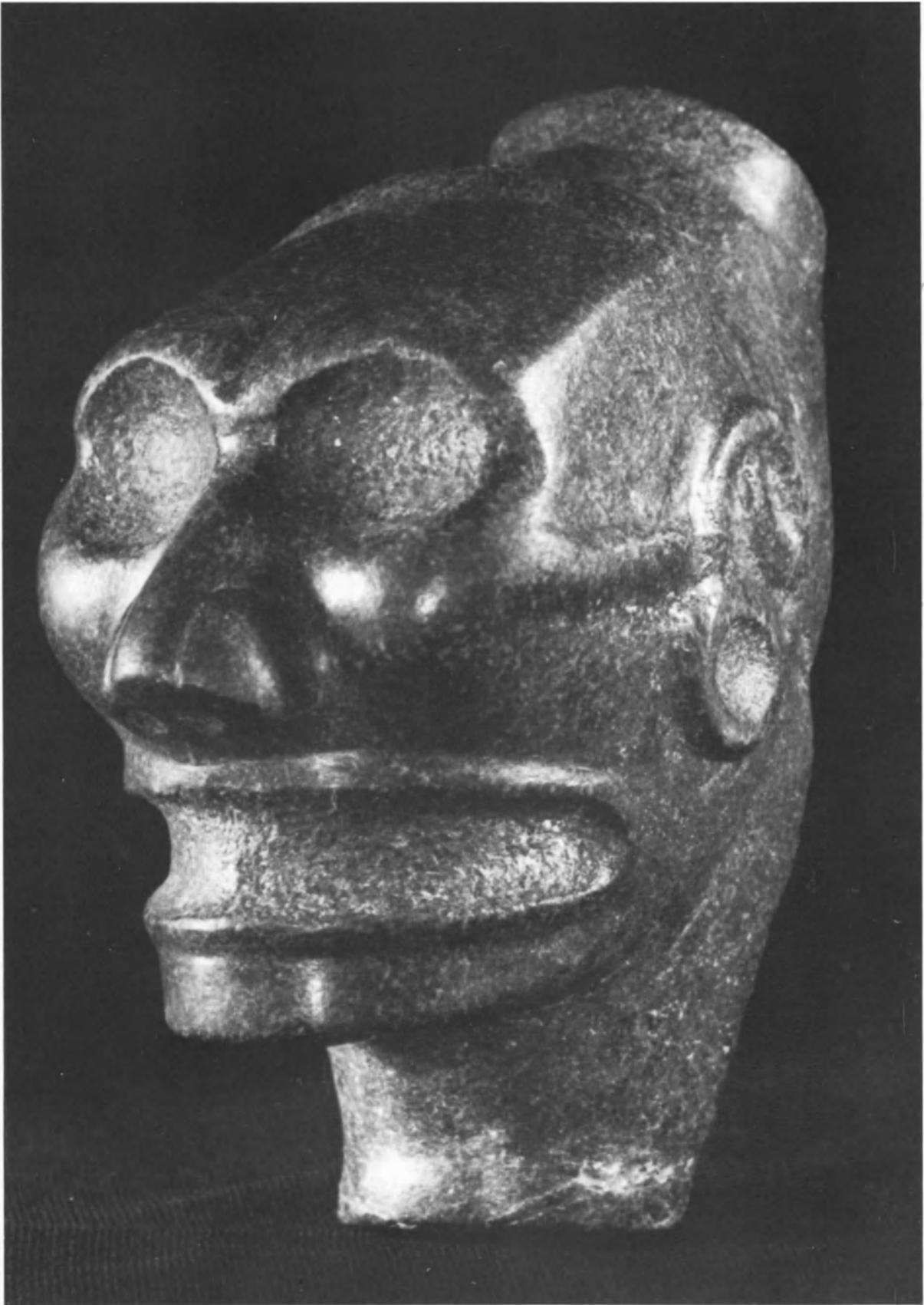


Foto © J. E. Marrero, Museo de la Universidad de Puerto Rico

**TESOROS
DEL ARTE
MUNDIAL**

162

República
Dominicana

Idolo taíno

Los indios taínos, pacífico pueblo agrícola cuya cultura floreció en las Antillas Mayores entre los siglos X y XV d.C., crearon un arte que aun hoy es considerado como una de las expresiones más antiguas y ricas del arte precolombino. Esta cabeza de piedra (22 cm de altura), procedente de Macorix, en la República Dominicana, es un *zemi*, representación de los espíritus ancestrales o fuerzas mágicas que, según la mitología taína, controlaban los distintos aspectos de la naturaleza. El jefe o chamán de la tribu invocaba a esos espíritus para pedirles cosas tales como la salud, la lluvia o la prosperidad. Los taínos, incapaces de defenderse y vulnerables a las nuevas enfermedades, desaparecieron rápidamente tras la conquista española, pero aun subsisten algunos vestigios de su arte.

PUBLICADO EN 25 IDIOMAS

Español	Italiano	Turco	Esloveno
Inglés	Hindi	Urdu	Macedonio
Francés	Tamul	Catalán	Servio-croata
Ruso	Hebreo	Malayo	Chino
Alemán	Persa	Coreano	
Arabe	Portugués	Swahili	
Japonés	Neerlandés	Croata-servio	

Se publica también trimestralmente en braille, en español, inglés y francés

Publicación mensual de la UNESCO
(Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura)

Tarifas de suscripción :

un año : 44 francos (España : 950 pesetas)

dos años : 75 francos.

Tapas para 11 números : 32 francos.

Los artículos y fotografías que no llevan el signo © (copyright) pueden reproducirse siempre que se haga constar "De EL CORREO DE LA UNESCO", el número del que han sido tomados y el nombre del autor. Deberán enviarse a EL CORREO tres ejemplares de la revista o periódico que los publique. Las fotografías reproducibles serán facilitadas por la Redacción a quien las solicite por escrito. Los artículos firmados no expresan forzosamente la opinión de la Unesco ni de la Redacción de la revista. En cambio, los títulos y los pies de fotos son de la incumbencia exclusiva de esta última.

Redacción y distribución :

Unesco, place de Fontenoy, 75700 París

Jefe de redacción :

Jean Gaudin

Subjefe de redacción :

Olga Ródel

Secretaria de redacción :

Gillian Whitcomb

Redactores principales :

Español : Francisco Fernández-Santos (París)

Francés :

Inglés : Howard Brabyn (París)

Ruso : Victor Goliachkov (París)

Alemán : Werner Merkli (Berna)

Arabe : Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)

Japonés : Kazuo Akao (Tokio)

Italiano : Maria Remiddi (Roma)

Hindi : Krishna Gopa (Delhi)

Tamul : M. Mohammed Mustafa (Madrás)

Hebreo : Alexander Broïdo (Tel-Aviv)

Persa : Samad Nurinejad (Teherán)

Portugués : Benedito Silva (Río de Janeiro)

Neerlandés : Paul Morren (Amberes)

Turco : Mefra Ilgazer (Estambul)

Urdu : Hakim Mohammed Said (Karachi)

Catalán : Joan Carreras i Martí (Barcelona)

Malayo : Bahador Shah (Kuala Lumpur)

Coreano : Lim Moun-Young (Seúl)

Swahili : Domino Rutayebesibwa
(Dar es-Salam)

Croata-servio, esloveno, macedonio

y servio-croata : Punisa A. Pavlovich (Belgrado)

Chino : Shen Guofen (Pekín)

Braille : Frederick H. Potter (París)

Redactores adjuntos :

Español : Jorge Enrique Adoum

Francés :

Inglés : Roy Malkin

Documentación : Christiane Boucher

Ilustración : Ariane Bailey

Composición gráfica : Philippe Gentil

La correspondencia debe dirigirse al director de la revista.

- 4 **BULGARIA : TRECE SIGLOS DE HISTORIA Y DE CULTURA**
por Magdalena Stancheva
- 5 1. Del Neolítico a los tracios
- 6 2. Un urbanismo que incorpora el pasado arqueológico
- 8 3. Historia de tres ciudades
- 11 4. De los monasterios al Despertar Nacional

- 13 **CAMINO HACIA EL PORVENIR**
Fotos

- 14 **LA BANDERA DE LA PAZ**
Fotos

- 15 **EL DRAMA DE CINCO MILLONES DE REFUGIADOS AFRICANOS**
por Maxime-Léopold Zollner

19-22 CUATRO PAGINAS EN COLOR

- 23 **LA CIENCIA CONTRA LOS NUEVOS MITOS DEL RACISMO**
por Albert Jacquard

- 28 **LLAMAMIENTO DE ATENAS**
Los científicos desmienten al racismo

- 29 **CARLOS J. FINLAY, VENCEDOR DE LA FIEBRE AMARILLA**
por Pedro M. Pruna y Rafael O. Pedraza

- 31 **EL MENSAJE DE SAN BENITO A TRAVES DE LOS SIGLOS**
por Gregorio Penco

- 38 **LATITUDES Y LONGITUDES**

- 2 **TESOROS DEL ARTE MUNDIAL**
REPUBLICA DOMINICANA : Idoló taíno

Nuestra portada

En la portada se reproduce una placa de oro de la diadema que, junto con un collar (pág. 21), aretes, anillos y monedas, se descubrió hace dos años en Preslav, antigua capital de Bulgaria. La placa representa la ascensión al cielo, en un carro tirado por dos grifos, de Alejandro Magno, héroe casi mitológico de gran cantidad de leyendas y romances a través de los siglos. Bulgaria celebra este año el 13º centenario de su fundación. Con tal motivo, el presente número de *El Correo de la Unesco* dedica gran parte de sus páginas a la historia y la cultura de ese país. En junio próximo aparecerá la edición búlgara de nuestra revista, con lo cual el número de lenguas en que se publica *El Correo* será de veintiséis.

Foto © Gérard Dufresne, París



ISSN 0304 - 310 X
Nº 5 - 1981 - OPI - 81 - 1 - 376 S

BULGARIA

TRECE SIGLOS
DE HISTORIA
Y DE CULTURA

por **Magdalena Stancheva**



1. DEL NEOLITICO A LOS TRACIOS

LA divisa inscrita en el escudo de armas de la ciudad de Sofía, capital de Bulgaria — “Crece pero no envejece” —, podría resumir muy bien la historia de un vigoroso Estado moderno, Bulgaria, que este año celebra el treceavo centenario de su fundación por el kan Asparuj, en el año 681.

Entre los siglos V y IX —época en que se produjo la gran mezcla de pueblos cuyas migraciones del este al oeste y del norte al sur remodelaron Europa (como sucedió en Asia y en África del Norte) imprimiéndole los rasgos étnicos, lingüísticos y culturales que todavía conserva— los ricos territorios que se extienden entre el Danubio y el mar Egeo y entre el mar Negro y el Adriático sufrieron profundas transformaciones. Esos territorios habían sido antaño los de Tracia y de Iliria, luego provincias romanas que se desprendieron del Imperio “romano” de Oriente, o Imperio Bizantino, y que a partir de entonces Bizancio, enemigo o aliado, ya no gobernaría prácticamente sino por su influencia cultural.

Tras diversas invasiones el país había acogido a nuevos habitantes: los eslavos, llegados en oleadas sucesivas cada vez más numerosas, a los que se unieron guerreros de origen distinto, provenientes de las llanuras del Dnieper y del Volga, a los que se da el nombre de protobúlgaros. A la fusión de

esos dos pueblos debe Bulgaria en parte su personalidad, su cultura. De los primeros tomó la lengua, de estos últimos el nombre. Mas, por apegada que se sienta a esos momentos decisivos de su historia y a cada fase, a menudo dramática, de su desarrollo cultural, la Bulgaria moderna se interesa con igual pasión por un pasado más lejano, por ejemplo, el de los tracios, de los que se considera también heredera.

En su pequeño territorio (110.911 km²) se ha desarrollado una cultura milenaria que ha dejado su impronta por doquiera. A la riqueza y variedad del patrimonio cultural (existen hoy día, inventariados y protegidos, más de 31.000 monumentos de todas las épocas) sólo se equipara el fervor y el cuidado con que sus herederos se esfuerzan por armonizar lo antiguo con lo moderno. Aquí la historia forma parte de la vida contemporánea e incluso la prehistoria parece más presente y familiar que en otros sitios.

Los primeros agricultores de la región, de hace unos 8.000 años, han dejado una gran cantidad de vestigios del mayor interés. Los *tells*, montículos formados por la superposición sucesiva de viviendas, dan fe de la continuidad y permanencia de los asentamientos humanos: la mayor parte de las ciudades búlgaras están construidas sobre diversos estratos de ruinas y de solares arqueológicos. Uno de los más célebres de esos *tells*, situado cerca de la aldea de Karanovo, en la provincia meridional de Nova Zagora, atrae constantemente a los investigadores. Tiene doce metros de altura, su estrato más profundo pertenece al Neolítico superior, es decir al sexto milenio a.C., mientras que la parte superior data de la Edad del Hierro. El corte vertical realizado por los arqueólogos muestra cómo ha ido superponiéndose allí sin interrupción, al hilo de los siglos, el legado de las generaciones sucesivas. Para la ciencia, semejante sitio resulta de una riqueza evidente: los descubrimientos efectuados en Karanovo —herramientas, armas, utensilios de todo tipo— adornan las salas de muchos museos.

Más tarde, a comienzos de la Edad del Bronce, que en este caso coincide con los albores de la civilización europea, los hombres de la región legaron a la posteridad otro sitio prestigioso: la necrópolis calcóptica de Varna, en el litoral del mar Negro. Los arqueólogos han descubierto allí gran cantidad de tumbas de fines del cuarto milenio, en las que han aparecido centenares de objetos de oro, desde cuentas minúsculas hasta brazaletes que pesan de 200 a 300 gramos. Este descubrimiento es tanto más apasionante cuanto que en dos de esas tumbas se encontraron cetros de oro, símbolos del poder legítimo, indicios evidentes de una tradición ya establecida. No cabe duda, en efecto, de que la organización social en esa región de Europa sudoriental había alcanzado un grado de complejidad sorprendente para una época tan remota. El “misterio” se explica probablemente por los yacimientos de cobre que entonces se explotaban en la región y que dieron origen a intercambios comerciales intensos con diversos países de la cercana Asia. Según esto, el comercio fue la base de la prosperidad

y del progreso de aquellos mineros que enterraban tantas joyas de oro con sus muertos y en quienes los especialistas reconocen a los antepasados de los tracios.

Este pueblo, el más antiguo del que se tiene noticia en el sudeste de Europa, ha dejado la impronta de su lengua (perteneciente al mismo tronco indoeuropeo que el latín y el griego) en inscripciones y en nombres de localidades, montañas y ríos. Ocupaban además esos hombres un lugar importante en la literatura de los países vecinos: en la época clásica, ya en el siglo VI a.C., los griegos observaban las influencias tracias en su mitología, su religión y sus artes, particularmente la música. Pero, en general, sólo recientemente ha descubierto el público a los tracios gracias a una riquísima exposición de joyas, vasos y armas de oro que ha recorrido diversos países.

La mayor parte de esos objetos, hallados casualmente o en el curso de excavaciones sistemáticas, provienen de las grandes tumbas, última morada de quienes creían en el más allá y en la unión con el principio divino en la vida de ultratumba. Esos sepulcros, a menudo profusamente ornados con objetos preciosos, estaban cubiertos por un montículo de tierra más o menos elevado según el rango y la riqueza del difunto. Los territorios tracios se fueron cubriendo así de túmulos, muchos de los cuales desaparecieron con el tiempo. Actualmente se conservan intactos y protegidos de las excavaciones clandestinas más de diez mil de ellos que constituyen el rasgo más característico del paisaje en ciertas regiones; tal ocurre a lo largo de la carretera internacional de Estambul, en la región de Plovdiv.

En uno de esos túmulos, sito en el departamento de Stara Zagora, se encontraba la tumba de Kazanlak, cuyos frescos, que datan del siglo IV antes de la era cristiana, constituyen un momento capital de la historia de la pintura. En ellos se representa principalmente una “mesa funeraria”, escena caracterizada por la extremada finura de las figuras centrales, el príncipe y su esposa, y en particular por la ternura y distinción de su gesto de despedida. No menos notables son los retratos de los padres y parientes del difunto, conductores de caballos y portadores de ofrendas. Este monumento de valor excepcional figura entre los que la Unesco ha incluido en la Lista del Patrimonio de la Humanidad. Para preservarlo de cualquier deterioro ulterior, los servicios y autoridades competentes han encomendado la realización de una reproducción que se exhibe cerca de allí a los millares de turistas que visitan la región, valle célebre por un clima tan moderado que en él pueden cultivarse rosaledas de cuyas flores se extrae esencia para la fabricación de perfumes. ■

MAGDALINA STANCHEVA, búlgara, es profesora, especialista en arqueología medieval y directora de excavaciones en el Museo de Historia de la ciudad de Sofía. Ha publicado gran número de trabajos científicos sobre variados aspectos de la arqueología de Sofía y la herencia antigua de la cultura medieval en Bulgaria.

Fotos © Gérard Dufresne, París



En la Bulgaria de hoy el pasado arqueológico es omnipresente. Así, en Varna —florecente puerto y centro turístico a orillas del mar Negro—, muchos elementos de la antigua Odesos greco-romana han quedado incorporados a las calles y plazas de la ciudad moderna (izquierda). En Sofía (arriba) los niños que van a la escuela se familiarizan con la historia gracias a una pequeña sala de exposiciones instalada por el Museo de Historia de la Ciudad de Sofía en uno de los pasadizos subterráneos de la capital búlgara, que, a su vez, forma parte de un antiguo camino romano.

2. UN URBANISMO QUE INCORPORA EL PASADO ARQUEOLOGICO

Las investigaciones arqueológicas submarinas han permitido remontarse hasta los orígenes de la navegación en el mar Negro e identificar los restos de las primeras ciudades portuarias. Se han sacado a la superficie numerosas anclas de piedra que datan de fines de la Edad del Bronce, es decir de 1.200 años antes de nuestra era. Los tracios exportaban en sus barcos placas de cobre y en ellos traían también los productos que iban a enriquecer sus puertos de amarre, primeros centros del comercio marítimo.

Los colonos griegos que vinieron a instalarse en estas costas en el siglo IV a.C. encontraron en ellas una sucesión de ciudades tracias. Allí impusieron su lengua y construyeron teatros; los talleres de sus escultores y de sus ceramistas prosperaron en aquellas ciudades que tuvieron durante mucho tiempo nombres griegos. Pero sabido es que sus vínculos con los tracios eran muy estrechos y que no fueron solamente de tipo comercial: unos y otros intercambiaban o entremezclaban costumbres y divinidades y celebraban sus fiestas en común. Y ese fue sólo uno de los primeros encuentros culturales que iban a prestar a Bulgaria su carácter singular.

Pero ni esos encuentros ni esa antigüedad son privativos de las ciudades costeras; en realidad, más de la mitad de las ciudades búlgaras tienen por lo menos cinco mil años de edad.

Sofía, Plovdiv, Varna, Nesebre y Stara Zagora son verdaderos monumentos de la historia del urbanismo y en muchos casos es posible explorar su patrimonio arqueológico tal como reposa hoy día en el subsuelo, bajo las construcciones modernas. En Sofía, la capital, ese patrimonio se acumula en diez metros de estratos culturales concentrados en unas cuantas hectáreas, bajo la zona más animada del centro de la ciudad. La reordenación de esa zona, gravemente afectada por los bombardeos aéreos de la segunda guerra mundial, ha planteado el grave problema de la conservación de las ruinas arqueológicas en un medio urbano.

Peró esta cuestión, que suscita controversias en numerosos países, ha sido ya resuelta en Bulgaria. Allí todo monumento arqueológico se integra en el entorno moderno de la manera más apropiada. En Sofía, por ejemplo, entre los nuevos edificios del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros, un pasadizo subterráneo bordea la muralla de la ciudad antigua antes de atravesar la puerta del Este y prolongarse por una calle del siglo VI cuyas losas de mármol conservan inscripciones romanas del siglo II. En otro pasadizo subterráneo los transeúntes pueden sentarse en la terraza de un café cerca de una pequeña iglesia medieval. Más allá, los rieles del tranvía bordean la torre angular de la muralla; otra torre se encuentra en el interior de una gran tienda. Un banco comercial en construcción ha tenido que ceder la mitad de su subsuelo con vistas a la conservación de una parte de la muralla, de dos calles del siglo IV y de los cimientos de una iglesia del siglo XVI. Frente al moderno edificio se ha reservado un vasto espacio para el trabajo de los arqueólogos, en espera de que los arquitectos tracen los planes de conservación de las ruinas.

Cada ciudad trata de aportar una solución original a la conservación de su patrimonio. En Plovdiv (la Trimontium romana) se ha descubierto un anfiteatro que se conserva en buenas condiciones y en el que van a celebrarse espectáculos públicos; como corresponde, el foro se halla reservado a los peatones mientras que las viejas murallas de las colinas sirven de muros de contención de barrios construidos en el siglo XIX. En Stara Zagora (la antigua Augusta Trajana) varias habitaciones neolíticas han quedado englobadas dentro de un museo recientemente construido; un barrio con sus termas, su anfiteatro y sus calles antiguas se conservará en parte intacto, como un museo al aire libre, y en parte quedará recubierto o indicado en el suelo de los nuevos inmuebles. Varna (la antigua Odesos) conserva islotes arqueológicos enteros en sus barrios modernos y numerosos elementos del plano greco-romano de la ciudad deben integrarse todavía en el nuevo trazado de calles y plazas.

Para entrar en Nesebre, a orillas del mar Negro, hay que cruzar la puerta de la antigua muralla. Esta pequeña ciudad, que ha conservado su nombre tracio (Messemvria), merece más que ninguna otra la denominación siempre ambigua de "ciudad-museo". Encaramada en lo alto de una península unida a la costa por una angosta lengua de tierra, Nesebre fue uno de los primeros puertos de Tracia. En el siglo VI a.C. sus marinos acogieron allí a una colonia doria. Enriquecida por la explotación de las fértiles tierras del interior y por el comercio marítimo, la ciudad mantuvo su prosperidad bajo la dominación romana y fue más tarde uno de los principales puertos del Imperio Bizantino. Luego, durante siglos, Bulgaria y Bizancio se disputaron este trozo de tierra que pertenece más al mar que a la costa, y una y otra, gobernando alternadamente, enriquecieron la arquitectura de Nesebre. Las repúblicas italianas, particularmente Génova, fueron también a afirmar allí su prestigio; su influencia se dejó sentir incluso después de la invasión

otomana. Pese al lento declinar de sus actividades comerciales, los siglos han pasado sin que las visicitudes históricas redujeran la vitalidad de la ciudad.

Hoy día Nesebre, cuidadosamente preservada, figura entre los centros turísticos más célebres de Bulgaria tanto por su riqueza arquitectónica como por su ubicación. Treinta siglos de civilización han dejado allí sus obras maestras, en particular unas diez iglesias que se conservan como hitos en la historia del cristianismo en esa región. Las basílicas más antiguas datan del siglo V, la más reciente fue construida a fines del siglo pasado. Pero son las iglesias de los siglos XIII y XIV las que destacan por su número, por la calidad de su estilo y por la originalidad de su construcción. Pequeños bloques de toba alternan en ellas con hileras de ladrillos, formando ornamentos inesperados. Todos los detalles arquitectónicos —cornisas, arcos, nichos— están realizados con incrustaciones de pequeños discos y tréboles cuadrilobulados de cerámica que resaltan singularmente sobre el fondo uniforme de las casas cuyo revestimiento de madera han cubierto de pátina el sol y el aire marino a lo largo de los años. Y aquí y allá se extienden las manchas de un verde pálido de las higueras.

Peró ni la Antigüedad ni la Edad Media representan la menor rémora para el dinamismo de la vida contemporánea en Nesebre. Durante la construcción de un edificio destinado a la juventud, los obreros que terraplenaban el lugar descubrieron el altar de una iglesia destruida. El valioso vestigio ha quedado cuidadosamente incorporado al edificio donde ocupa un lugar conveniente, protegido por una columna de cemento y una placa de cristal. Numerosos son los turistas que en Nesebre suelen ir a escuchar durante el verano los conciertos que se celebran en la gran basílica del siglo VI, pero los más asiduos visitantes de la ciudad siguen siendo los arqueólogos, los historiadores y los restauradores cuyo paciente trabajo quizá no termine nunca. ■



Foto © Agencia de Prensa Sofía

LAS CIUDADES Y LOS SIGLOS

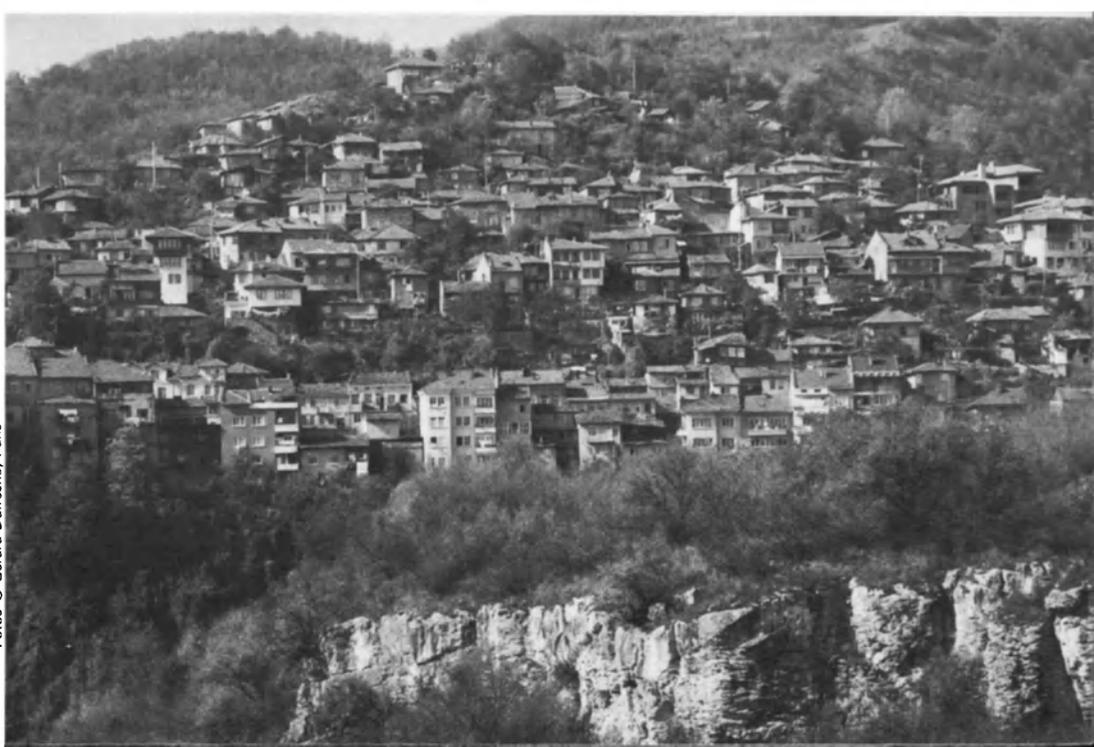
Más de la mitad de las aldeas y ciudades de Bulgaria tienen por lo menos 5.000 años de antigüedad y son verdaderas crónicas de piedra en las que se refleja el paso de la historia. En Plovdiv, por ejemplo, el transeúnte tropieza de pronto con los restos de un gran anfiteatro y de un estadio romanos (a la derecha), luego con calles empedradas del siglo XVIII y más allá con casas de madera pertenecientes al periodo del siglo XIX llamado del Despertar Nacional (al centro, a la derecha), todo ello cuidadosamente preservado y expuesto al público dentro de los límites de una animada ciudad moderna. En Nesebre, puerto del mar Negro, pueden verse las huellas dejadas por tracios, griegos, romanos, bizantinos y genoveses. Por otra parte, las iglesias de la ciudad, las más antiguas de ellas del siglo V, corresponden a casi todas las etapas de la historia del cristianismo en la región. Los ejemplos más sobresalientes de esa arquitectura religiosa son la gran basílica del siglo VI y las iglesias de los siglos XIII y XIV, de ladrillo y toba y con arcos y cornisas decorados con incrustaciones de cerámica (página de la izquierda).



Foto © Agencia de Prensa Sofía



Una campaña nacional de salvamento del patrimonio cultural de Bulgaria ha permitido preservar y restaurar numerosas ciudades y aldeas del país. Entre ellas figura Koprivchitzta (a la derecha), célebre por haberse iniciado allí la frustrada insurrección de abril de 1876 contra los turcos otomanos y por sus construcciones del siglo XIV, con fachadas ricamente decoradas y arcos y cornisas esculpidas. Cerca de Gabrovo, la renombrada "capital del humor" de Bulgaria, se encuentra la aldea-museo de Etara (arriba), activo centro de la artesanía tradicional donde alfareros, talabarteros y carreteros trabajan en antiguos talleres cuidadosamente restaurados.



Fotos © Gérard Dufresne, París

Bulgaria

3. HISTORIA DE TRES CIUDADES

EN la historia de la nación búlgara tres nombres de ciudades conservan una resonancia particular, casi sagrada. Se trata de las capitales que los príncipes búlgaros establecieron en la Edad Media. Ante todo, Pliska, monumento prodigioso de la fundación del primer Estado búlgaro en el año 681, de su consolidación, de la conversión al cristianismo y de la introducción del alfabeto cirílico. Luego Preslav, símbolo de la "edad de oro" de la cultura búlgara, cuando en el siglo X florecieron las artes y las letras impulsadas por el rey Simeón. Finalmente Tirnovo, centro de civilización en los siglos XIII y XIV, hasta la invasión otomana que iba a sojuzgar el país.

Cada una de esas ciudades parece expresar todavía el espíritu de su época. Pliska, concebida como un inmenso campamento fortificado, con el palacio del kan y el templo de su dios en el centro, es maciza, austera, majestuosa. Los enormes bloques de piedra caliza de las murallas y de los palacios re-

cuerdan aun el poderío y la nobleza de sus fundadores. Esa voluntad de afirmarse y de sobrevivir es manifiesta en los vestigios de la fortaleza y del palacio así como en las inscripciones grabadas por orden de los kanes en la piedra de las columnas. Que la memoria debe vencer a la muerte es el mensaje de uno de ellos, el kan Emurtag : "El hombre, aunque viva bien, muere, y otro hombre ve la luz del día. Que aquél que vino al mundo más tarde lo recuerde", dice una inscripción.

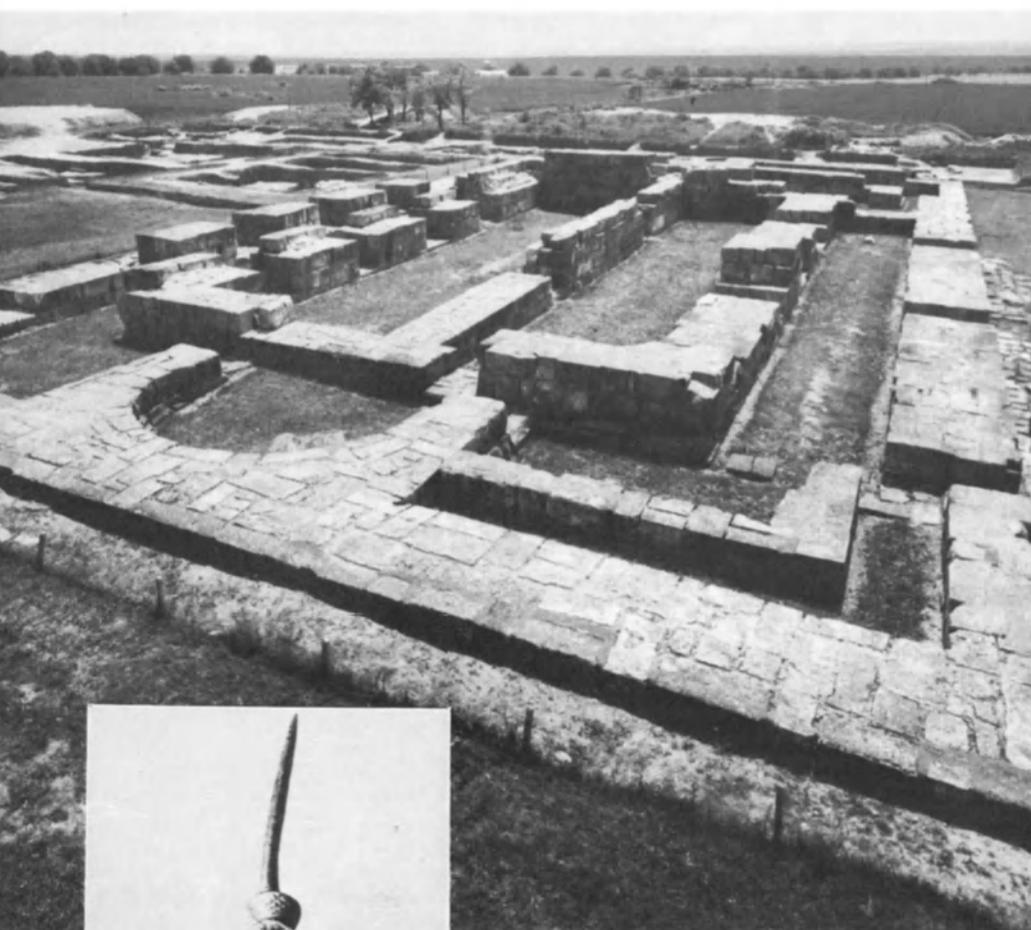
Preslav, que fundó el joven rey Simeón (893-927) en las colinas suavemente onduladas que bordean el Titcha, aunque distinta de Pliska, era seguramente una ciudad de aspecto bastante imponente. Pese a los saqueos que hubo de sufrir, los arqueólogos gustan de ver en ella, más que un conjunto de fortalezas, una ciudad de constructores, talladores de piedra y escultores, pintores y ceramistas, orfebres y escritores, sorprendentemente original en cada uno de sus ar-

tes y oficios. Citemos un solo ejemplo : parece evidente que en Preslav se fabricó durante el siglo X, por primera vez en Europa, una especie de vidriado destinado sobre todo a la decoración mural pero también a la fabricación de vajillas de lujo. Más aun : los pintores modelaban iconos de cerámica, el azulejo servía de soporte a la escritura y se ha desenterrado una tortera de huso, de tierra blanca esmaltada, en la que alguien, el artesano o el donador, ha escrito el nombre de la joven hilandera de lana a la que estaba dedicada.

"La tortera de Lola" parece indicar lo difundida que estaba entonces la escritura. Pero, de todos modos, Preslav es célebre en la historia de la cultura eslava por su escuela literaria representada por autores tan eminentes como el Chernorisets Jrabar, Juan el Exarca, Constantino de Preslav y el propio rey Simeón que, al parecer, llenó de libros su palacio. La mayor parte de las obras compiladas o escritas en Preslav en aquella época eran de carácter religioso, sermones y comentarios de la Biblia. Pero contienen también exposiciones originales de temas profanos y a veces textos de exaltación como la "oración alfabética" de Constantino en la que se destaca la importancia histórica de la conversión de los búlgaros.

En el siglo XII, tras varios decenios de dominación bizantina, Tirnovo se convirtió en la capital del Segundo Reino Búlgaro, hasta el día en que pereció consumida por el fuego a raíz de la conquista otomana de 1393. Elevada en un lugar cruzado por gargantas que bordean colinas abruptas, Tirnovo es una gran ciudad, compleja y jerarquizada hasta en su estructura arquitectónica. Allí fueron frecuentes los conflictos religiosos y políticos. Pero sus cultos soberanos, protectores de las artes, no dejaron de estimular el desarrollo de la literatura nacional. Entre los raros manuscritos que se han salvado de la destrucción debe citarse la *Crónica de Constantino Manasés*, conservada en el Vaticano, que contiene 69 magníficas miniaturas, 21 de ellas sobre temas búlgaros.

Otras obras maestras de la pintura de iluminación figuran en algunos manuscritos, igualmente célebres, del siglo XIV, como el *Tetraevangelio*, del Museo Británico, y el *Salterio*, de Moscú. Pero de la pintura monumental de Tirnovo es poco lo que queda. Por fortuna, los frescos de la iglesia de Boyana (1259), cerca de Sofía, considerados como obras de la escuela de Tirnovo, dan una idea de su grandeza y refinamiento. Gracias a la vida que insufló a las imágenes tradicionales, el pintor anónimo que nos ha dejado los retratos llenos de gracia y dignidad del príncipe Kaloyan y de su esposa Desislava, benefactores de Boyana, da muestras de un sentido dramático y de un humanismo inigualados en la Europa del siglo XIII. ■



Arriba, ruinas del palacio del kan, en Pliska, que datan del siglo IX. La ciudad, fundada en el año 681 por el kan Asparuj, fue la primera capital del Estado búlgaro durante poco más de dos siglos, al final de los cuales dos acontecimientos de gran importancia ejercieron una profunda influencia en el porvenir del país : su conversión al cristianismo y la introducción del alfabeto cirílico. A la izquierda, una llave ornamental del siglo IX o X, procedente de Pliska, que representa a un músico tocando el laúd. A juzgar por el espigón que sale de la cabeza de la figura, la llave estaba destinada además a otro uso que aun se desconoce.

Fotos © Gerard Dufresne, Paris



Arriba, las ruinas de Preslav, segunda capital de Bulgaria durante el reinado de Simeón (893-927), donde la cultura medieval búlgara alcanzó su "edad de oro". En 971 Preslav fue conquistada y saqueada por el emperador bizantino Juan Tzimisce y el país entero sufrió durante algunos decenios la dominación de Bizancio. Abajo, las murallas de Tírnovo, que a fines del siglo XII se convirtió en la tercera capital de Bulgaria hasta que fue destruida en 1393 tras la conquista otomana. El arte de la iluminación de libros alcanzó su apogeo en Tírnovo durante el reinado de Iván Alejandro (1331-1371). El soberano aparece junto con su familia en esta iluminación (abajo a la derecha) tomada del magnífico Evangelio que lleva su nombre, realizado por orden del rey en 1356 y que se conserva en Londres.



Gárgola en forma de cabeza de león de una iglesia de Preslav.



Moneda de oro que data del reinado del zar Iván Asen II (1218-1241).

Foto © Agencia de Prensa Sofia



Foto © Museo Británico, Londres



Fotos © Agencia de Prensa Sofia



De la invención del alfabeto al Palacio del Libro

En la segunda mitad del siglo IX Cirilo concibió, junto con su hermano Metodio, un alfabeto que permitía traducir los textos litúrgicos en lengua eslava y difundir los conocimientos "entre todos los hombres por medio de su lengua natal". La obra de esos dos apóstoles de los eslavos llegó a constituir en Bulgaria un símbolo de la identidad cultural preservada durante cinco siglos de opresión y dominación extranjera. Bulgaria celebra anualmente el 24 de mayo el "día nacional del alfabeto y de la cultura". Coincidente con la conmemoración de los santos Cirilo y Metodio, es ocasión de espectáculos artísticos y musicales, ferias de libros,

entrega de premios literarios y científicos, manifestaciones estudiantiles, etc. Hacia la misma época en que el alfabeto llamado cirílico era adoptado en todos los países eslavos, comenzó a fabricarse en Bulgaria un tipo de cerámica vidriada destinada particularmente a la decoración mural. Azulejos con inscripciones —los libros de entonces— comenzaron a adornar el piso y las paredes de los monasterios y de los palacios que se convertían así, en cierto modo, en una suerte de "bibliotecas" públicas, precursoras de las casas y hogares del libro y de las grandes bibliotecas modernas que hoy abundan en el país.

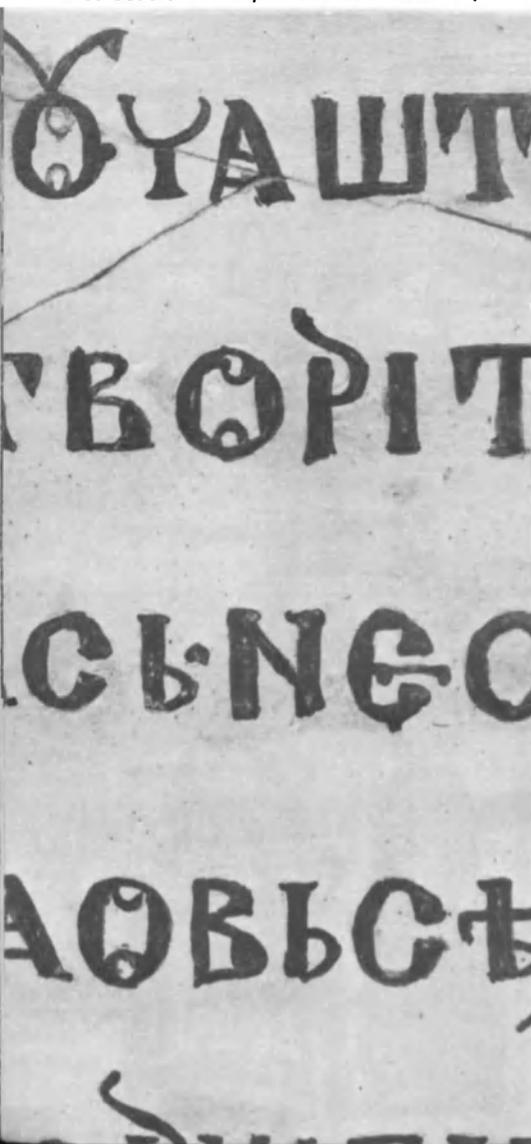


Foto © Agencia de Prensa Sofia



Foto © Gerard Dufresne, Paris

Bulgaria

4. DE LOS MONASTERIOS AL DESPERTAR NACIONAL

LA tradición monástica es en Bulgaria tan antigua como la nación misma. El primer monasterio fue fundado por Boris I, y a él se retiró el soberano al final de su vida. Los discípulos de Cirilo y Metodio fueron a ese mismo monasterio a enseñar y difundir el alfabeto eslavo concebido por sus maestros. Comenzó así una larga tradición gracias a la cual los monasterios iban a ser durante doce siglos focos de cultura. Preslav definió y consolidó esa noble función que alcanzó su apogeo durante la dominación otomana, cuando cada monasterio se convirtió en un lugar sagrado del espíritu nacional en el que los búlgaros se sentían protegidos. El día de la fiesta de cada gran monasterio, los peregrinos procedentes de todos los rincones del país — a pie, en carretas o a caballo— se daban cita en él. Los habitantes de las ciudades y del campo enviaban ofrendas de todo tipo para contribuir a la decoración de los santuarios.

Tal es el caso del monasterio de Rila, atendido por monjes que celebran los oficios divinos en la iglesia y en las capillas donde se perpetúa el canto religioso búlgaro. Este monasterio, construido en las montañas al sur de Sofía, es al mismo tiempo un museo nacional en cuyas salas se exponen piezas y documentos sobre los temas más diversos: historia, actividad económica, riquezas etnográficas, colecciones de iconos. Por fuera, el monasterio recuerda una fortaleza poderosa. El espacioso patio, cuyo centro ocupan la iglesia principal y una alta torre del siglo XIV, está bordeado por fachadas de varios pisos con balcones adornados con esculturas de madera. En cada piso, rodeadas por los dormitorios de los huéspedes y por las celdas de los monjes, están dispuestas las diversas capillas donde se canta misa en determinadas festividades.

Después del monasterio de Rila debe citarse el de Bachkovo, que es casi de igual

Los santos Cirilo y Metodio, pintura de Zacarías Zografe, uno de los artistas búlgaros más notables del siglo XIX.

Celebración del 24 de mayo en Sofía.

Detalle de una tableta de cerámica (6x6 cm) con caracteres cirílicos, del siglo X, que procede quizá de Preslav.

El Palacio del Libro, en la ciudad de Pleven. La pintura mural simboliza la historia de la literatura búlgara desde Cirilo y Metodio hasta nuestros días.

importancia. Fundado en 1083 en un valle del Ródope por Gregorio Pakurian, militar georgiano de alto rango que en la época de la dominación bizantina fue gobernador en la región, este monasterio ha tenido una historia accidentada, siendo destruido, reconstruido, restaurado y ampliado en diversas ocasiones.

En el siglo XVII, con ocasión de una de esas reparaciones, se dotó al monasterio de Bachkovo de una obra maestra espléndida: las pinturas murales del refectorio. Esas pinturas, que cubren las paredes y la bóveda, forman una composición de conjunto en la que, sobre un fondo de cielo estrellado y en un marco de guirnalda, se representan escenas bíblicas y diversos personajes de la Antigüedad. Sócrates, Platón y Aristóteles, por ejemplo, aparecen vestidos a la usanza de la Edad Media, lo que no menoscaba la gravedad de su porte ni la nobleza de su rostro.

Uno de los muros del patio está adornado por una composición mucho más reciente, que evoca la fiesta del monasterio, coincidente con la fiesta de la Virgen, en el mes de agosto. Se trata de una pintura narrativa de una extraordinaria riqueza de escenas y detalles. El monasterio aparece en ella encajonado en las estribaciones de la montaña; alrededor, encaramadas en las alturas, varias pequeñas iglesias y capillas dedicadas a diferentes santos. La entrada principal da paso a una solemne procesión que, encabezada por ciudadanos notables que portan el icono de la Virgen, recorre todas las iglesias. Detrás viene el clero, precedido por el obispo de Plovdiv y seguido por los monjes y los seglares, gente de la ciudad y del campo.

El artista ha reproducido con meticulosa precisión los detalles geográficos del lugar: el río, los puentes, el camino por donde avanzan los que se han quedado detrás. Algunas de las figuras son retratos auténticos. La representación de los rasgos etnográficos y de las características sociales de los personajes es típica del arte del autor de la composición, Zacarías Zografe, pintor autodidacta búlgaro, uno de los más talentosos de mediados del siglo XIX.

Al mismo autor pertenece la decoración de las dos iglesias del monasterio. Todas sus obras dan fe de una preocupación constante por la crítica social. Así, en la escena del Juicio Final pueden verse los retratos de los usureros de Plovdiv y de sus altaneras esposas, camino del infierno.

Pero el arte de los pintores de esa época rara vez se limita a los temas sociales. Los artistas adornan las paredes de las iglesias y de los monasterios con rosas y ramas cubiertas de hojas. Los santos van vestidos de colores claros y los rostros resplandecen con extraordinaria frescura. Y todo el conjunto está animado de esa vitalidad, de ese tipo particular de alegría y optimismo que caracteriza la época que los historiadores designan como del Despertar Nacional.

Tras la invasión otomana del siglo XIV, los búlgaros perdieron su independencia durante cerca de 500 años. Habían sufrido las más duras pruebas pero supieron preservar su conciencia nacional, sus tradiciones, su fe y sus modos de vida y, finalmente, dieron muestras de una voluntad indómita durante la lucha de liberación del siglo XIX, en una época en que la situación social y política había cambiado radicalmente.

Antes de la liberación, que se produjo tras la guerra ruso-turca de 1877-1878, los búlgaros atravesaron un periodo difícil, sobre todo a raíz de la Insurrección de abril de 1876. Pese al heroísmo de los combatientes, el levantamiento fracasó y fue reprimido con crueldad. La represión suscitó la indignación de los espíritus libres de toda Europa cuya simpatía hacia Bulgaria aceleró seguramente el advenimiento de la libertad. Pero esa libertad había sido largamente preparada por los animadores del Despertar Nacional.

La arquitectura de ese periodo es, en este sentido, sumamente significativa. Durante siglos los ocupantes sólo habían permitido la construcción de iglesias humildes, lo más bajas y oscuras posible; pero en la segunda mitad del siglo XVIII, gracias al debilitamiento gradual del Imperio Otomano, comenzaron a erigirse iglesias espaciosas y bien iluminadas, ornadas por fuera con fachadas atractivas y por dentro con iconostasios admirablemente esculpidos. En esas grandes superficies de madera tallada aparecen frecuentemente, en medio de hojas de acanto y de pájaros, las figuras de Adán y Eva vestidos como campesinos búlgaros, él ocupado en labrar la tierra, ella hilando tranquilamente en su huso. Entre los santos, Cirilo y Metodio, inventores del alfabeto eslavo, están representados siempre en un lugar destacado.

Por razones de índole social, económica y política, las ciudades evolucionaron, tras la liberación, muy lentamente y sin sobresaltos. Esa estabilidad permitió conservar la arquitectura del Despertar Nacional que hoy es objeto de una solicitud particular. Por ejemplo, en una de las dos colinas de la pintoresca ciudad de Plovdiv hay barrios enteros que datan del siglo del Despertar. Las casas con voladizo y las fachadas de volúmenes audazmente articulados forman conjuntos en los que predominan el sentido de la mesura y el instinto de la composición. De las líneas esbeltas, de la abundancia de aberturas, de las ojivas sobre las puertas, de las ingeniosas combinaciones de la madera y el metal, de la profusión de flores en todas las ventanas se desprende una frescura que parece ser el símbolo de la sensibilidad búlgara en el tiempo de la esperanza.

Esas moradas de antaño y esas calles antiguas están animadas hoy día por la misma vida y el mismo dinamismo que tienen en el resto del país las ciudades nuevas y las aldeas recientemente reconstruidas.

M. Stancheva

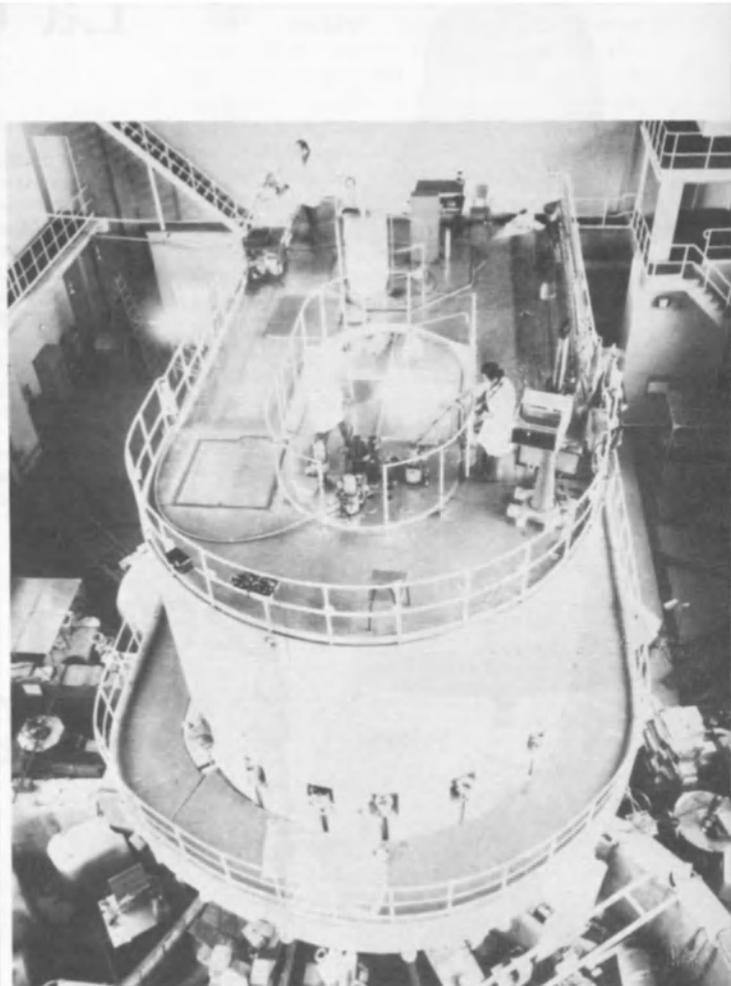


Foto © Agencia de Prensa Sofía



Foto V. Evimov © Instituto Nacional Bulgaro de Monumentos Culturales

Desde los orígenes del Estado, y particularmente durante la dominación otomana, los monasterios de Bulgaria constituyeron verdaderos refugios de un espíritu nacional que se mantenía vivo en sus expresiones culturales. En esas "escuelas de la celda" los monjes dispensaban enseñanza en lengua búlgara, traducían a los filósofos griegos y orientales y sentaban las bases de una literatura nacional. Asimismo, fue en los monasterios donde la pintura monumental de Bulgaria alcanzó su apogeo a partir del siglo XV. Destacan por su riqueza y calidad los frescos de las paredes y de la bóveda del refectorio del monasterio de Bachkovo, que datan del siglo XVII. En ellos figuran una gran variedad de imágenes: escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento, retratos de los filósofos monoteístas de la Antigüedad e incluso representaciones de concilios ecuménicos, raras en la pintura religiosa de Bulgaria. A la izquierda, un fragmento de *El árbol de Jesé*, pintado en la bóveda, y de *El Juicio Final*, en la pared oriental del refectorio de Bachkovo. Arriba, detalle de un fresco de la iglesia de San Jorge, en Sofía, que data del siglo X u XI.



CAMINO HACIA EL PORVENIR

En las aulas y salas de conferencias de las universidades y de los establecimientos de enseñanza técnica de la Bulgaria actual, los jóvenes estudiantes, como estos del Instituto de Electromecánica de Sofía (arriba), se preparan para conducir su país hasta el siglo XXI. Transformada en los treinta y cinco años últimos en una moderna nación agroindustrial, Bulgaria entró en la era espacial el 10 de abril de 1979, cuando el cosmonauta Gueorgui Ivanov (abajo) se embarcó en la nave "Soyuz 33" y, junto con su colega soviético Nikolai Rukovischnikov, cumplió con éxito una misión prevista dentro del Programa Espacial Intercosmos. Con un territorio de

110.911 kilómetros cuadrados, Bulgaria figura entre los países más pequeños de Europa. Sin embargo, sus hombres de ciencia y sus investigadores disponen del equipo científico más moderno, como este reactor nuclear experimental (arriba a la derecha) del Instituto de Investigaciones Nucleares de Sofía. Como dijo el estadista y político búlgaro Gueorgui Dimitrov (1882-1949), en el ámbito de la cultura no hay países pequeños ni grandes. Corrobora sus palabras el dinamismo de la Bulgaria moderna, firmemente enraizado en un patrimonio cultural que abarca nada menos que trece siglos.



Fotos © Agencia de Prensa Sofía

La bandera de la paz



Campana "solar" de los niños



Bulgaria



Japón



Ghana



Suiza



Indonesia



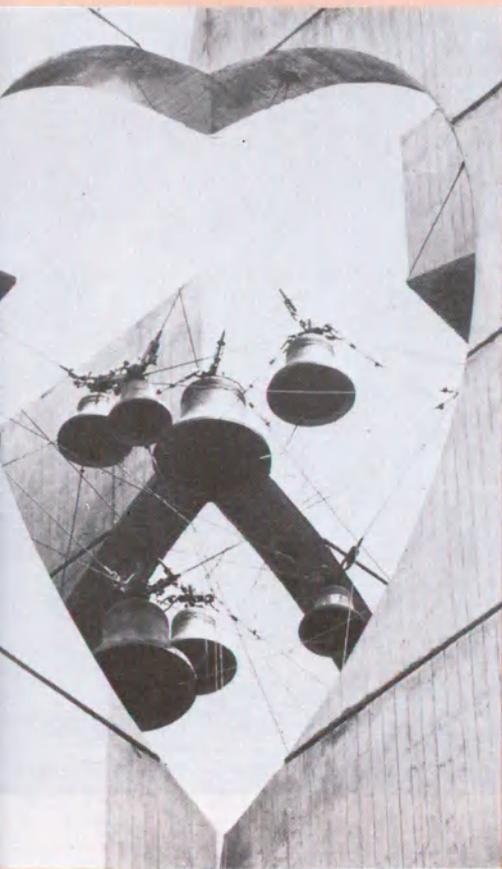
Turquía

Al sur de Sofía, capital de Bulgaria, se eleva un imponente edificio de hormigón armado. El monumento, al que se ha dado el nombre de "Bandera de la Paz", conmemora una reunión internacional de un género particular: la asamblea en que la juventud de Bulgaria acogió a 1.300 niños y muchachos venidos de 76 países. La finalidad de la asamblea, uno de los acontecimientos más memorables del Año Internacional del Niño, era reunir a escritores, músicos y pintores en cierne de todo el mundo (abajo) bajo la bandera de la paz y de la amistad entre los pueblos. Patrocinaban la reunión, en la que los juveniles delegados lanzaron un llamamiento en favor de la paz mundial que poste-

riormente fue presentado al Secretario General de las Naciones Unidas, señor Kurt Waldheim, el Presidente del Consejo de Estado de la República Popular de Bulgaria, señor Todor Zhivkov, y el Director General de la Unesco, señor Amadou-Mahtar M'Bow. Uno de los momentos culminantes de la asamblea fue la inauguración de la Bandera de la Paz, que consiste en una torre central de 37 metros de altura rodeada por dos muros semicirculares. En lo alto de aquella hay siete campanas que representan todos los continentes (izquierda). De los muros cuelgan otras campanas enviadas por numerosos países, cada una acompañada por un llamamiento en pro de la paz del mundo. Hay tam-



bién una simbólica campana "solar" dedicada a la asamblea de los niños. Las formas y los tamaños de las campanas son muy variados (ver las fotos); la de Bulgaria pesa 1.300 kilos, es decir el mismo número que el de años de antigüedad del Estado búlgaro. Abajo, una placa conmemorativa dedicada "A los niños del mundo" que la Unesco ofreció para la Bandera de la Paz. El próximo mes de agosto, con motivo del segundo aniversario de la gran asamblea de 1979, se celebrará otra reunión internacional de niños, "Sofía 81", que constituirá un prelude a la Segunda Asamblea Internacional de los Niños bajo la bandera de la paz, a celebrar en Sofía en 1982.



El drama de cinco millones de refugiados africanos

por Maxime-Leopold Zollner

VICTIMAS de las guerras y de las diversas formas de opresión y de represión, los refugiados suman actualmente diez millones en todo el mundo. Tras los grandes sacrificios de la segunda guerra mundial, la Europa en ruinas organizó en campamentos de tránsito a las interminables emigraciones de "personas desplazadas". Seguían siendo éstas numerosas en 1951, cuando las Naciones Unidas crearon la Oficina del Alto Comisionado para los Refugiados, con sede en Ginebra. En este año de 1981, ese organismo prefiere no celebrar su trigésimo aniversario: cualquiera que sea su eficacia, los "acontecimientos" de la actualidad mundial, al engrosar cada año las oleadas de refugiados, se encargan de encomendarle siempre las mismas tareas, aunque varíen las circunstancias.

Este año, la situación de los refugiados en Africa es —o debería ser— "el centro de la atención mundial", como pidiera el Secreta-▶





► rio General de las Naciones Unidas, señor Kurt Waldheim. En efecto, uno de cada dos refugiados del mundo es hoy africano. Además, resulta alarmante comprobar que el número de desarraigados en África ha aumentado drásticamente en los últimos años: eran un millón en 1975, luego 3.700.000 en 1977, y han bastado apenas cinco años para llegar en 1980 a la cifra enorme de cinco millones.

Se trata, pues, de una situación crítica. Para encararla, la Asamblea General de las Naciones Unidas pidió en noviembre pasado que se convocara una conferencia internacional a fin de movilizar a todos los Estados y recabar nueva ayuda. Esa reunión, a la que fueron invitados los Estados Miembros de la Organización de la Unidad Africana (OUA) y los de las Naciones Unidas, así como los movimientos de liberación nacional reconocidos por ambas organizaciones, se celebró en Ginebra el 9 y 10 de abril pasado.

Que la conferencia logró el objetivo de llamar la atención de la opinión pública sobre

la situación de los refugiados en África es innegable. Pero se trataba primeramente de obtener nuevos recursos para los programas de ayuda a los refugiados más necesitados y, sobre todo, de prestar asistencia a los países —africanos todos— que los acogen, a fin de que puedan soportar la carga extremadamente grave que impone a sus servicios y a sus presupuestos la presencia masiva de esas poblaciones en sus territorios.

La acción internacional en esta esfera no es reciente. Hace muchos años que la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados viene ocupándose de mejorar las condiciones de acogida y de repatriación, y la situación de los refugiados preocupa naturalmente a la OUA en primer lugar. La cooperación que se ha establecido entre esas dos instituciones está jalonada, entre otras actividades, por la conferencia celebrada en 1967 en Addis-Abeba en torno a los aspectos jurídicos, económicos y sociales del problema. Por primera vez se abordaban en el plano internacional las cuestiones relativas a los refugiados africa-

nos, lo que ha permitido encontrar más de una solución eficaz para aliviar en parte el peso que soportan los diversos países de acogida. A esa conferencia se deben también la creación de la Oficina para la Colocación y la Educación de los Refugiados Africanos, instalada en Addis-Abeba, y la adopción de la Convención de la OUA sobre los Refugiados en África.

La Convención emplea el término *refugiado* tal como ha sido aprobado por la mayoría de los gobiernos, según la definición establecida por el Alto Comisionado: "Toda persona que, debido a fundados temores de ser perseguida por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas, se encuentre fuera del país de su nacionalidad". Pero la Convención va más lejos al estipular que la palabra *refugiado* "se aplica igualmente a toda persona que, debido a agresión, ocupación exterior, dominación extranjera o acontecimientos que alteren gravemente el orden público en una parte o en la totalidad de su país de origen, se



Foto Lars Astrom © Skane-Reportage, Malmoe, Suecia

Este mar de tiendas improvisadas que se extienden hasta lo lejos es un campo provisional para refugiados instalado en algún lugar de África. Los refugiados africanos representan la mitad de los de todo el mundo y su número total es superior a la población de muchos países de África. La Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados colabora con la Organización de la Unidad Africana y con los organismos de asistencia voluntaria en un vasto esfuerzo para ayudar a algunos de los países más pobres del mundo a proporcionar alimentos, alojamiento y cuidados médicos a esos millones de refugiados y de personas desplazadas. Abajo, mujeres y niños esperan que les distribuyan alimentos en un campo de refugiados.



Foto E. Birrer-ACNUR

vea obligada a abandonar su residencia habitual para buscar refugio fuera de su país de origen o del país de su nacionalidad." Además, en el preámbulo de esas disposiciones, los Estados africanos proclaman que "la concesión del derecho de asilo a los refugiados constituye un acto pacífico y humanitario y no puede ser considerado por Estado alguno como un acto de carácter inamistoso."

Desgraciadamente, esas disposiciones, pese al espíritu generoso que las anima y a los esfuerzos que en ellas se han inspirado, resultaron insuficientes para poner remedio a la situación a medida que surgían nuevos desequilibrios (intensificación de las luchas de liberación, particularmente en el África austral, conflictos internos y problemas limítrofes) que producían un aumento constante y sin precedentes del éxodo de refugiados. Baste una cifra para resumir las dramáticas dimensiones del problema: 2.000 africanos cruzan cada día sus fronteras en busca de asilo, o sea un número muy supe-

rior al doble del promedio mundial que es de 800 refugiados por día.

De ahí que en 1979 una nueva conferencia, convocada en Arusha, Tanzania, por la OUA, la Comisión Económica de las Naciones Unidas para el África y la Oficina del Alto Comisionado, se propusiera formular una estrategia relativa tanto a la repatriación de los refugiados a su país de origen como a su integración en las estructuras económicas de los países de asilo. Más aun, reafirmando los principios de solidaridad y de "distribución de la carga", la Conferencia esbozó un balance de las necesidades del momento y de las que cabía prever.

Es fácil concebir la amplitud de esas necesidades que el Alto Comisionado ha identificado y evaluado en cada país. Al acoger a decenas y centenares de miles de refugiados, los gobiernos africanos han dado muestras de una extraordinaria hospitalidad y de un escrupuloso y ejemplar respeto de los principios del derecho de asilo. Pero no debe olvidarse que sus propios países se

enfrentan con graves dificultades económicas. Muchos de ellos figuran entre los países más pobres de la Tierra, aquellos a los que afectan más duramente las leyes del mercado internacional y el incremento de los costos de la energía, así como las catástrofes naturales. Piénsese, a este respecto, en Somalia: prácticamente sin recursos, a sus 3.600.000 habitantes han venido a añadirse más de un millón y medio de refugiados.

Actualmente, los programas de asistencia de los que el Alto Comisionado es responsable y que lleva a la práctica en colaboración con el Programa Mundial de Alimentos, la Organización Mundial de la Salud, el Unicef y numerosas organizaciones gubernamentales así como instituciones de beneficencia no gubernamentales cuya ayuda es igualmente indispensable, tratan ante todo de asegurar la supervivencia de los refugiados más pobres en los países más desfavorecidos. La situación es sobremanera clara: los recursos de que se dispone bastan apenas para impedir que centenares de miles

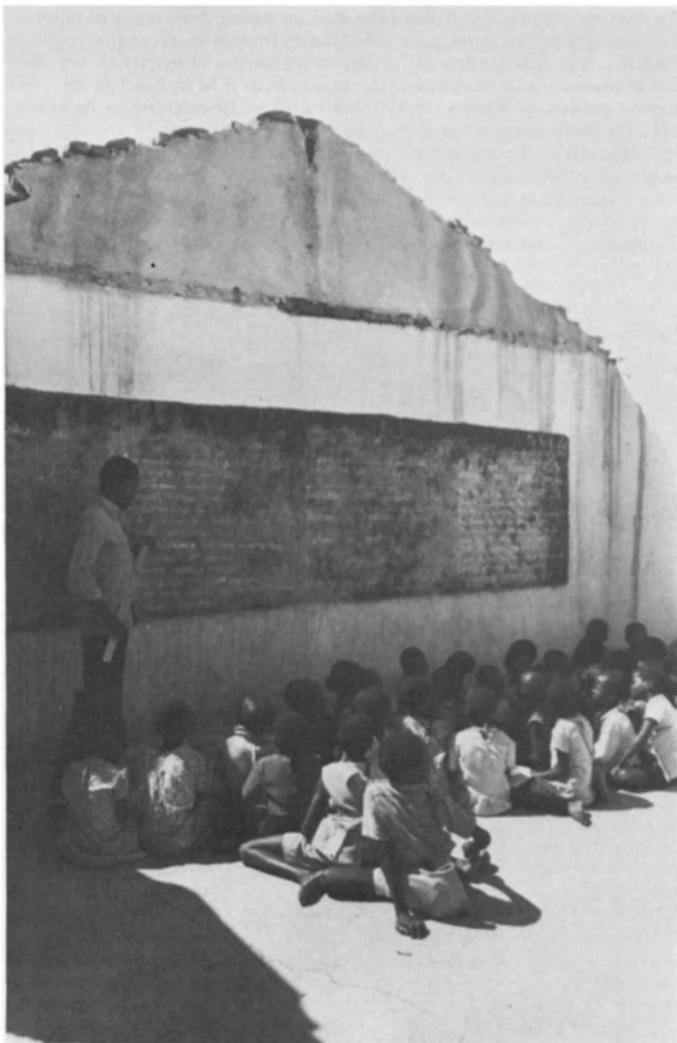


Foto E. Birrer-ACNUR

APRENDIENDO AL AIRE LIBRE. Un grupo de niños refugiados aprenden a leer en una clase en ruinas.

de hombres, de mujeres y, sobre todo, de niños mueran de hambre o de enfermedad.

Por otra parte, las necesidades de la vida presente y futura, como la inserción de los refugiados en la economía africana, son apenas menos urgentes y pueden resultar más costosas. Ya sea que permanezcan en el territorio de asilo o que después de algunos años quieran y puedan volver a su patria, las poblaciones desplazadas no pretenden que se les preste una asistencia indefinida. Por el contrario, tratan de trabajar. Mas, para ese retorno a unas condiciones económicas y sociales normales, el Estado que las ha acogido debe distribuir tierras, proporcionar los medios para cultivarlas —herramientas, semillas, abonos—, crear talleres, excavar pozos, construir aldeas, carreteras, puentes, hospitales, escuelas... El costo de las infraestructuras, de los materiales, del equipo y del personal que requieren semejantes operaciones exceden las posibilidades de los países de asilo. Cabe suponer —guardando las proporciones— que ese costo sería considerado como muy elevado incluso por los países ricos, a juzgar por la acogida muy poco generosa que la mayor parte de ellos dispensa a los refugiados en general. Y, sin embargo, ningún pueblo se negaría a participar en un esfuerzo realmente colectivo a ese respecto.

De ahí que las Naciones Unidas hayan apelado a la solidaridad internacional. Ante los 99 gobiernos representados en la Conferencia de Ginebra del pasado abril, que presidía el Secretario General de las Naciones Unidas, el Alto Comisionado para los

Refugiados indicó que el costo de las medidas de urgencia, que tendrá que adoptar con carácter apremiante en los 18 meses próximos, era de 450 millones de dólares. En otras circunstancias, semejante suma habría podido inquietar a los países donantes, a los que frecuentemente se pide ayuda. Pero el último día de la reunión los participantes se comprometieron a hacer contribuciones por un valor de 560 millones de dólares, lo que superaba todas las expectativas. Más aun, el Secretario General adjunto de la Organización de la Unidad Africana anunció el 10 de abril que otras promesas, que no habían podido formularse oficialmente, permitían incrementar el fondo de ayuda en 100 millones de dólares, por lo menos.

Como se ve, los países han respondido al llamamiento de las Naciones Unidas. El Alto Comisionado para los Refugiados, señor Poul Hartling, dijo después de la Conferencia: "Los sufrimientos de los refugiados africanos han sido comprendidos. La solidaridad internacional existe."

MAXIME-LEOPOLD ZOLLNER, natural del Benin, es director de la División de Programas de Asistencia de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. Ha sido vicepresidente del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas y secretario general de la Unión Africana y Malgache. Ha representado a su país como embajador en los Estados Unidos y el Canadá y como representante permanente en las Naciones Unidas, Nueva York.

PAGINAS EN COLOR

Página de la derecha

En las escarpadas montañas de Bulgaria se encuentran diseminados numerosos monasterios medievales en los que abundan las pinturas al fresco, los iconos policromados y los bajorrelieves de madera. En este umbrroso pórtico del monasterio de Rozhen, cerca de Melnik, en el sudoeste de Bulgaria, puede verse una representación de Cristo Pantocrator ("Señor Todopoderoso del Universo") en su trono celestial. En torno a él, en doce medallones, los Apóstoles, y en la parte superior un busto de Jesús. El monasterio data del siglo XII o XIII pero la pintura está fechada en 1597.

Foto © Gérard Dufresne, Paris

Páginas centrales

Izquierda : Figurilla de hueso (12 cm de altura) descubierta en la necrópolis calcolítica de Varna, Bulgaria, y que data de fines del cuarto milenio antes de la era cristiana. Representa seguramente un guerrero cubierto con su casco. La necrópolis de Varna constituye uno de los grandes descubrimientos arqueológicos de este siglo ; sus tumbas neolíticas estaban llenas de miles de objetos, sobre todo de oro, piezas de cerámica pintadas, etc.

Derecha : Hace dos años se descubrió en Preslav, antigua capital de Bulgaria, un tesoro integrado por un collar con medallones, una diadema, pendientes, sortijas, monedas, etc. La miniatura de la Virgen en oración que aquí se reproduce adorna el medallón central, en oro y esmalte, del collar (siglo IX-X d.C.). La imagen aparece rodeada de perlas finas y cristal de roca. El rostro blanco y rosa de la Virgen es el de una mujer joven y sus rasgos expresivos carecen del hieratismo habitual de las vírgenes de iconos.

Fotos © Gérard Dufresne, Paris

Ultima página

San Benito entrega la Regla a sus monjes, fresco pintado por el artista italiano Giovanni Bazzi, llamado El Sodoma, entre 1505 y 1508.

Foto © Scala, Florencia



ΑΓΙΟΥ ΠΑΥΛΟΥ







Por invitación de la Fundación para los Derechos Humanos, de Atenas, y organizado por la Unesco, se celebró del 30 de marzo al 3 de abril de 1981 en la capital griega un coloquio encargado de examinar las teorías pseudocientíficas invocadas hoy día para justificar el racismo y la discriminación racial.

En efecto, a menudo recurren a la ciencia quienes se esfuerzan por imponer la noción de una jerarquía "natural" entre las poblaciones o entre los individuos. Correspondía, pues, a la Unesco aclarar la situación dando a conocer al público la verdadera opinión de los científicos. Veinticinco hombres de ciencia procedentes de 18 países y que representaban las diversas disciplinas interesadas — genética, biología, antropología, sociología, psicología, historia — debatieron durante cinco días los aportes más recientes de la investigación científica en esta materia y confrontaron las enseñanzas que de ella pueden sacarse para alertar a la humanidad contra las afirmaciones del neoracismo.

Los científicos reunidos decidieron hacer un llamamiento a todos los pueblos de la Tierra y expresaron su deseo de que la Unesco lo difundiera en todo el mundo. El Correo de la Unesco participa en esa tarea publicando el texto del llamamiento (pág. 28) y, en estas páginas, un artículo de Albert Jacquard, especialista francés en genética y relator del coloquio, quien resume lo esencial de las ideas expresadas y de las conclusiones a que se llegó en la reunión.

La ciencia contra los nuevos mitos del racismo

por Albert Jacquard

LA reacción espontánea y, al parecer, natural de un individuo frente a los reveses es tratar de encontrar un culpable, que forzosamente ha de ser otro u otros. La reacción de un grupo es atribuir la responsabilidad de sus desgracias a otro grupo o, de preferencia, a un subgrupo que forme parte de éste. Tales reflejos instintivos, infantiles y cobardes nada tienen que ver con un análisis racional de los hechos reales y de sus causas, pero parecen estar tan difundidos y ser tan constantes que sólo cabe abrigar una débil esperanza de acabar con ellos. Pese a todo, debemos preservar esa esperanza, que sólo puede basarse en la "ciencia", nombre un poco solemne con que designamos el esfuerzo del espíritu humano para comprender el mundo real.

Paradójicamente, es en nombre de la ciencia como en algunas sociedades occidenta-

les está resurgiendo una actitud abiertamente racista. Remitiéndose a "los recientes descubrimientos de la biología" o a "los últimos adelantos de la genética", hay quienes justifican sus intentos de clasificar a los hombres en categorías, en "razas" y, sobre todo, de comparar esas razas según diversos criterios que permitan establecer una jerarquía entre ellas.

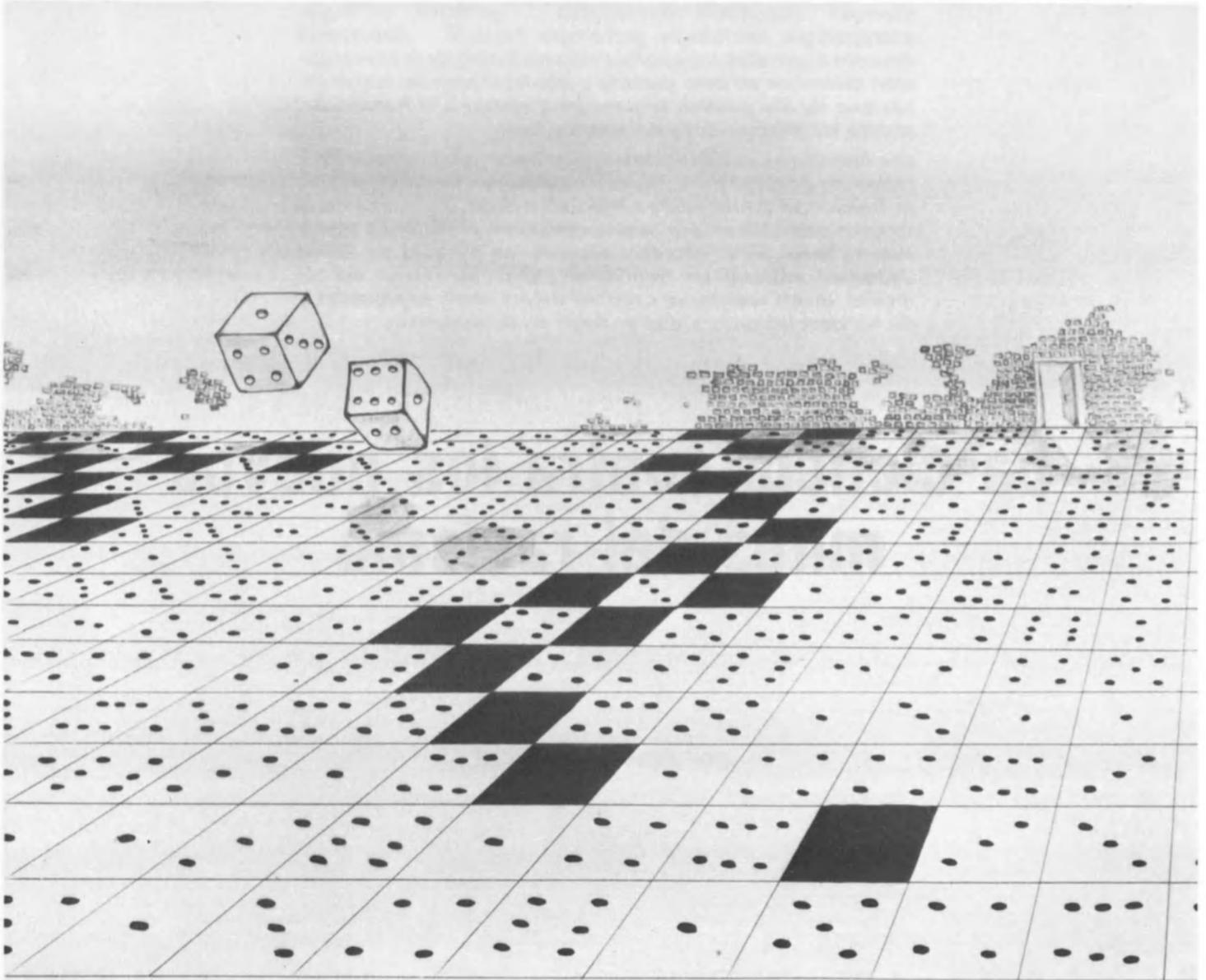
Si los progresos de la ciencia condujeran realmente a semejantes conclusiones, habría que tenerlos en cuenta cualesquiera que fueren nuestras opciones morales, filosóficas o religiosas al respecto. Pero he aquí que el contenido real del discurso científico, particularmente de la disciplina más invocada en esta materia, la genética, es exactamente lo contrario de lo que se pretende hacerle decir. Hay que recurrir a un verdadero contrasentido para encontrar en la biología

la base de las teorías elitistas, ya sea que la "elite" esté constituida por algunos individuos de un grupo dado, ya por algunos grupos.

Los hombres de ciencia, cuyo deber es precisar y dar a conocer lo que nos aportan

ALBERT JACQUARD, geneticista francés, es profesor de las Universidades de París y de Ginebra y jefe del servicio de genética del Instituto Nacional de Estudios Demográficos de París. Entre sus obras cabe señalar *Concept en génétique des populations* (1977) y *Eloge de la différence* (1978).

La palabra azar significa, en árabe, dado para jugar. Cuando se echan los dados intervienen en el resultado numerosos fenómenos tan complejos y tan poco conocidos que resulta imposible preverlo. Cabe, sin embargo, suponer que podremos predecirlo con certeza el día en que conozcamos mejor las características del dado, las de la fuerza inicial que lo hace rodar, la resistencia del aire, etc. Por el contrario, tratándose de un fenómeno como el de la transmisión del patrimonio genético, todo parece indicar que deberíamos atenernos definitivamente al azar. Por ejemplo, cualquiera que sea el determinismo molecular inicial, el número de resultados posibles en la transmisión de los genes es tan grande que sólo podemos aspirar a un cálculo de probabilidades. Esta noción de azar, a la que recurrimos ante la imposibilidad de explicarnos en su totalidad el funcionamiento del mundo real, es quizá también el reflejo de una indecisión básica de esa realidad.



Dibujo tomado de *Le second souffle de la créativité*, Marthe Seguin/Fontes © ed. Dessain et Tolra, Paris

Las diferentes disciplinas científicas, tienen que reaccionar frente a tal situación. No se trata de combatir los racismos con argumentos sentimentales o emotivos sino con argumentos racionales. Y para ello es preciso, ante todo, definir cuidadosamente el sentido de los términos que se emplean.

Ser "racista" significa menospreciar a otro por el hecho de pertenecer a un grupo dado. Ese grupo puede definirse en función de criterios sumamente diversos: color de la piel, lengua, religión, patrimonio genético o patrimonio cultural. De ahí que sea más realista hablar de racismos que de racismo. Mas para fundamentar cualquiera de esos racismos sería necesario precisar, por una

parte, si es posible clasificar a los hombres en categorías relativamente homogéneas y distintas entre sí y, por otra, si puede establecerse una escala de valores entre esas categorías. En otras palabras, habría que definir primero las "razas" para luego jerarquizarlas.

En el caso de una especie que se ha ido progresivamente diferenciando, gracias a una serie de escisiones, en poblaciones definitiva y rigurosamente aisladas unas de otras, la distancia entre las estructuras genéticas o culturales de dos poblaciones es tanto mayor cuanto mayor sea el tiempo que han estado separadas. Es pues posible, a partir de las estructuras que se observan ac-

tualmente, tratar de reconstituir el "árbol" que muestra esas ramificaciones sucesivas.

Cuando, por el contrario, la historia de una especie no es un árbol progresivamente diferenciado sino un sistema que entraña tanto fusiones como escisiones de poblaciones o intercambios entre poblaciones distintas (es decir, migraciones), ese intento de reconstitución está, salvo contados casos, condenado al fracaso. El conocimiento de la situación actual de los grupos no permite rastrear la historia que ha conducido a ese estado. En el caso de la especie humana, notable por su nomadismo, esa dificultad es particularmente considerable.

Es evidente que las distancias geográficas han impedido los intercambios entre pobla-

ciones antípodas, que las migraciones han tropezado con obstáculos naturales a veces infranqueables, que las diferencias de cultura han levantado barreras y han aislado genéticamente a algunos grupos; pero la historia de las poblaciones humanas está tan imbricada en sí misma que ninguna de éstas puede ser definida sin referirse a sus intercambios con muchas otras. Cada una de ellas se ha ido emparentando gradualmente con las demás. Al mismo tiempo, los mecanismos naturales (y, en primer lugar, el de la "reproducción sexual") han creado y mantenido en cada población una diversidad extraordinaria.

La humanidad es un conjunto de personas, de familias, de etnias y de naciones diferentes, pero esas diferencias no autorizan a establecer una clasificación sino a costa de una disminución arbitraria de la consideración que podemos tener por los individuos o por los grupos.

La clasificación más rigurosa se refiere al patrimonio genético: dos poblaciones son tanto más desemejantes cuanto más difiere el grado de frecuencia de los diversos genes que se encuentran en una y otra. Si nos interesamos sólo por un pequeño número de genes, ese esfuerzo de clasificación desemboca fácilmente en un resultado, pero éste difiere de un grupo de genes a otro.

Por ejemplo, si consideramos los genes que determinan la síntesis de la melanina — pigmento que se acumula en la piel originando una coloración oscura —, las poblaciones negras se sitúan a gran distancia de las de amarillos y de blancos.

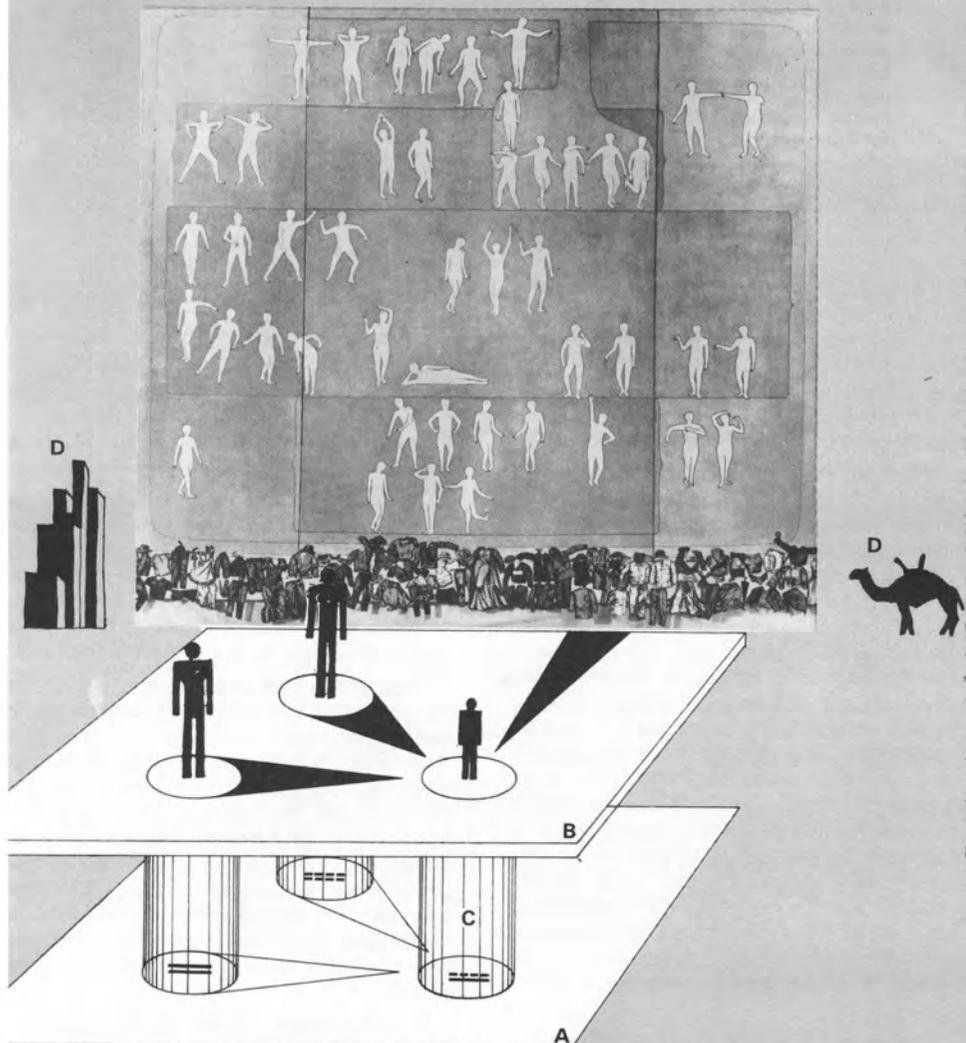
Asimismo, si observamos los genes que determinan el mantenimiento de la actividad de la lactasa — enzima que permite digerir la leche —, se advierte que la frecuencia con que aquéllos aparecen es muy marcada en las poblaciones del norte de Europa, algo menor en las de la región mediterránea y muy rara en las de Asia y África. Desde este punto de vista, la clasificación de los seres humanos en dos grupos opondría a los europeos por una parte y a los pobladores de los demás continentes por otra.

Finalmente, si nos atenemos a dos características biológicas cuyo mecanismo es bien conocido — el sistema sanguíneo determinado por el factor Rhesus y el sistema inmunológico de antígenos de los tejidos —, ambas conducen a una clasificación en dos grupos formados, por una parte, por los asiáticos y los esquimales y, por otra, por los indoeuropeos y los negros africanos.

Así, según el criterio que se adopte — color de la piel, persistencia de la lactasa o "sistemas" inmunológicos —, nuestra concepción de las relaciones entre los tres grandes grupos en que tradicionalmente se ha dividido a la especie humana se modifica por completo: podríamos, por ejemplo, afirmar arbitrariamente que las poblaciones europeas se asemejan más a las poblaciones africanas que a las asiáticas o a la inversa.

Tal es el resultado de la ausencia de una historia de la humanidad que pueda representarse bajo la forma de un árbol que se ramificara progresivamente. Esa historia ha consistido más bien en una serie tanto de intercambios y de fusiones como de escisiones. Es, por ello, ilusorio tratar de establecer una clasificación que no puede tener un sentido global.

Confirman esta imposibilidad las investigaciones que no se basan ya en determinados caracteres arbitrariamente escogidos si



Al estudiar al individuo la biología establece una distinción fundamental entre el genotipo (el patrimonio inalterable de genes que éste hereda y transmite) y el fenotipo (el conjunto de características, aparentes o no, que se pueden medir y calificar en el individuo). El estudio de la transmisión de los caracteres define la acción recíproca que se establece entre esos dos polos, habida cuenta, evidentemente, del papel que desempeña el entorno. En este dibujo, la parte inferior (A) representa los genotipos: los círculos simbolizan al padre, a la madre y al niño. En la parte central (B), los tres están representados por siluetas puesto que aquí se trata de los caracteres que ellos manifiestan y no de los genes ocultos en el núcleo de sus células. Las columnas cilíndricas (C) que van de los círculos a las siluetas ilustran una relación de dependencia: el genotipo "determina" el fenotipo: cualesquiera que sean los azares vividos por el individuo, su genotipo se mantiene inalterado, dado que los "caracteres adquiridos" no se transmiten a los genes. El tercer factor, igualmente decisivo, está representado en la parte superior del dibujo (D): la influencia que el medio ambiente natural y cultural, en el sentido más amplio del término, ejerce en el fenotipo del niño.

“El único juicio de valor que puede respaldar la ciencia es la importancia de la diferencia en sí misma... yo doy al otro y recibo de él más riqueza cuanto más desemejantes seamos él y yo”.
Un rostro humano tallado en una concha que data de la época neolítica, procedente de Tongsamton (Corea).

Foto Lee Yung-jo © Museo de la Universidad de Chungbuk, Corea



► no en una síntesis de las informaciones relativas al conjunto de los caracteres estudiados.

Las semejanzas y desemejanzas entre la estructura genética de dos poblaciones, en cuanto a un gran número de conjuntos de genes, pueden resumirse mediante la “distancia”. La definición de las razas consistiría, así, en clasificar en un mismo grupo las poblaciones entre las cuales hubiera escasa distancia y en dos grupos distintos las poblaciones separadas por una distancia considerable. Pero, cuando se trata de las poblaciones humanas, semejante investigación no puede conducir a resultado alguno. Basándose en los sistemas sanguíneos más conocidos, el geneticista R. Lewontin, de Harvard, ha demostrado que, por término medio, la distancia entre dos poblaciones pertenecientes a dos “razas” diferentes es sólo mayor en un 7 u 8 por ciento que la distancia entre dos poblaciones de la misma raza.

— Dicho de otra manera, el hecho de pertenecer a una misma raza o a una misma nación es importante en cuanto a la estructura genética, pero sus consecuencias son muy limitadas: un esquimal o un senegalés pueden estar genéticamente más cerca de mí que el guardabosques de mi aldea. No se trata de negar que existen diferencias entre los diversos grupos humanos; pero sucede que el conjunto de semejanzas y desemejanzas entre ellos es tan complejo que, al considerar en su totalidad los datos disponibles, el cuadro se vuelve confuso.

La respuesta del especialista en genética cuando se le pregunta por el significado de la palabra “raza” es, pues, clara: ese concepto no corresponde, en la especie humana, a ninguna realidad que pueda definirse de manera objetiva y estable.

La experiencia demuestra que la clasificación de la humanidad en grupos más o menos distintos va frecuentemente acompañada por un juicio de valor que diferencia a los “buenos” de los “malos”. Existen millares de ejemplos de autores que, aunque persuadidos de no ser racistas, sostienen como una evidencia que su grupo es el mejor. Por ejemplo, en un libro leído por varias generaciones de niños franceses, *Le Tour de France par deux enfants*, se hace el retrato-tipo de los blancos, los negros, los amarillos y los

pieles rojas y se indica que “la raza blanca es la más perfecta”

Las actuales tentativas de jerarquización de las razas se esfuerzan por darse un aire científico. Para ello se remiten a las investigaciones de diversas disciplinas, particularmente las que tratan de explicar la evolución de las especies y las que analizan las diversas manifestaciones de la actividad intelectual.

Desde hace más de un siglo la explicación de la evolución ha estado dominada por el darwinismo, cuyo concepto clave es el de la “selección del más apto”: los individuos mejor dotados para la “lucha por la vida” tienen mayores posibilidades de vencer y de transmitir su patrimonio genético a la generación siguiente. A consecuencia de esa desigualdad de las capacidades individuales, la estructura biológica de la población se transforma: los caracteres favorables se propagan y los desfavorables desaparecen poco a poco.

Cuando, gracias a los trabajos del botánico austriaco Juan Gregorio Mendel, se supo que los seres sexuados no transmiten sus caracteres sino los genes que los determinan, hubo que modificar la teoría de Darwin y atribuir un “valor selectivo” no ya a los individuos ni a los caracteres que poseen sino a los genes que portan. El darwinismo dio paso al neodarwinismo cuyo discurso es fundamentalmente análogo.

Sin embargo, la atribución de un “valor” a las personas o a los genes puede entrañar graves contrasentidos. Por definición, ese valor corresponde únicamente a la capacidad de transmitir el patrimonio biológico, es decir de procrear; y así las personas muertas sin haber dejado descendencia serían de “valor selectivo nulo”. Considerarlos como seres inferiores es el resultado de una confusión entre el valor selectivo y el valor humano.

En este contrasentido han incurrido frecuentemente quienes han prolongado el darwinismo biológico en el darwinismo social, preconizando una estructura de la sociedad en la que los poderosos deben, “naturalmente”, triunfar sobre los débiles.

El pensamiento occidental contemporáneo ha estado profundamente marcado por este tipo de razonamiento, que muchos consideran como conforme a “la naturaleza de las cosas”. Según ellos, incluso si en

nombre de una ideología cualquiera nos inclinamos a oponernos a una concepción tan jerarquizada de los hombres y de los grupos, tendríamos que aceptarla porque se basaría en una ley de la naturaleza.

Pero he aquí que la verdadera ley de la naturaleza se sitúa en el extremo opuesto de esa concepción jerárquica. Parece, en efecto, que una de las consecuencias del proceso de selección natural debe ser la homogeneización de las poblaciones: como lo “bueno” excluye a lo “malo”, poco a poco quedan sólo presentes los mejores genes, reduciéndose la diversidad. Ahora bien, el análisis del patrimonio genético de las diversas especies demuestra, por el contrario, que la diversidad se mantiene. Un descubrimiento que sorprendió a los biólogos y que se ha confirmado progresivamente en los diez o quince años últimos es la amplitud del “polimorfismo”, es decir de la proporción de caracteres determinados por diversas categorías de genes presentes en una población.

La necesidad de tener en cuenta esta realidad ha entrañado una revisión profunda del neodarwinismo, revisión que se orienta en dos direcciones. Hay investigadores que formulan una teoría “neutralista” en la que ya no interviene la noción de valor selectivo; otros conservan esta noción pero dan de ella una definición más compleja, que abarca la interacción de varios genes en cada uno de los caracteres. De cualquier manera, la revisión del neodarwinismo vuelve caducos los razonamientos basados en la existencia de una escala de valores que permita jerarquizar a los individuos, los caracteres o los genes.

Los mecanismos que actúan en la naturaleza no tienen por objeto seleccionar lo mejor y eliminar lo menos bueno, sino preservar la coexistencia duradera de caracteres múltiples. Si se quiere sacar una lección de la naturaleza tendremos que jerarquizar los grupos, ya no según la *calidad* de los caracteres que en ellos se encuentran sino según la *variedad* de esos caracteres. Así, el “mejor” grupo será aquél que haya sabido conservar la mayor diversidad, cualquiera que sea el contenido de ésta.

Nuestro juicio sobre los seres humanos se refiere más frecuentemente a sus características psíquicas que a sus características corporales. Definir con mayor precisión los diversos rasgos de la personalidad es tarea de los psicólogos. Mas he aquí que en nuestra civilización occidental los psicólogos han pretendido, desde hace cerca de un siglo, atribuir un carácter “científico” a su disciplina, hecha de matices y de sutilezas. Con tal fin han introducido en ella una noción numérica y han popularizado, en particular, un parámetro como supuesta medida de la actividad de nuestra inteligencia: el “cociente intelectual” o QI. Es verdad que los propios psicólogos reaccionan contra los abusos a que ha dado lugar el culto del QI, pero no es menos cierto que esa medida desempeña un papel preponderante en numerosos razonamientos discriminatorios, que ha sido utilizada para justificar decisiones a menudo brutales sobre la orientación escolar de los niños y que ha estado en el centro mismo de la disputa provocada en Estados Unidos por el nacer de cierto racismo.

No se trata de negar aquí el interés de ese sistema de medición, pero es necesario establecer cuidadosamente los verdaderos límites de su importancia. El QI permite señalar la posición momentánea que un indivi-

duo ocupa en una escala de referencia arbitrariamente establecida en una población dada, pero esa indicación tiene un carácter muy poco preciso y su estabilidad es mal conocida y probablemente escasa.

Diversos investigadores han utilizado el QI, pese a sus limitaciones, para comparar las poblaciones humanas. El estudio más célebre es el del psicólogo A. Jensen que, en 1969, comparó a los negros y los blancos de Estados Unidos, llegando como conclusión a establecer una diferencia de 15 puntos en favor de estos últimos.

Las consecuencias o conclusiones dependen de los factores a los cuales se atribuye la diferencia comprobada, y aquí interviene un concepto muy delicado forjado por los especialistas en genética: la herencia. Incurriendo en un verdadero contrasentido, algunos psicólogos han olvidado que el carácter heredable del QI mide únicamente una semejanza, y han atribuido a las diferencias de QI entre poblaciones una causa genética.

Nadie pretende negar la intervención del patrimonio genético al tratarse de la actividad intelectual. Pero aunque el soporte de esa actividad, el sistema nervioso central, está constituido a partir del patrimonio genético, en su ontogenia participa igualmente el medio. El resultado depende de la acción recíproca de ambos factores. De ahí que la investigación parcial de cada uno de ellos no pueda tener sentido alguno.

Por consiguiente, es imposible basarse en la clasificación del rendimiento intelectual observable para imaginar una clasificación del "potencial intelectual" de los diversos grupos humanos o para atribuir, como pretenden los teóricos de ciertas corrientes ideológicas, las diferencias observadas a diferencias genéticas.

El concepto mismo de potencial intelectual es indefinible. Los razonamientos que pretenden jerarquizar las razas según ese potencial no se basan siquiera en errores sino en absurdos. Y, desgraciadamente, la experiencia ha demostrado que es más difícil luchar contra un absurdo que contra un error.

La lección esencial de la genética es que los grupos a que pertenecemos difieren en verdad unos de otros pero que, dentro de cada uno de ellos, los individuos son más diferentes aun.

El único juicio de valor que puede respaldar la ciencia es la importancia de la diferencia en sí misma, sin que ésta pueda ser calificada con un signo más o un signo menos: yo no soy superior ni inferior a nadie, soy diferente de todos, y doy al otro y recibo de él más riqueza cuanto más desemejantes seamos él y yo.

No se trata aquí de una afirmación dictada por la moral sino de la enseñanza básica de la genética. Resulta grave que esta lección haya sido deformada hasta el punto de utilizarla para justificar doctrinas racistas. Semejantes perversiones y tergiversaciones podrían combatirse más fácilmente si la comunicación entre los hombres de ciencia y la opinión pública fuera mayor. He aquí una esfera de actividad en la cual la labor de la Unesco puede ser decisiva para el porvenir de la humanidad.

A. Jacquard



Foto: Alamy-DMS

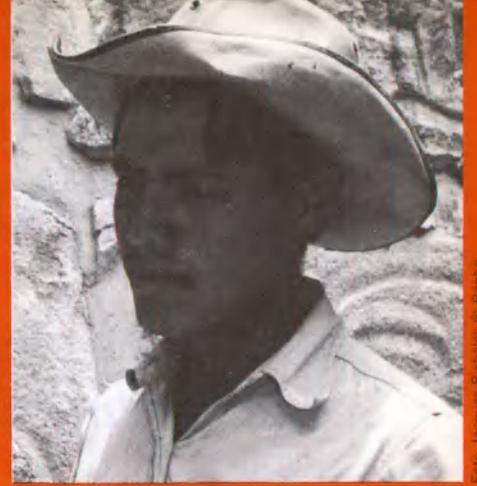


Foto: Jacques Dubaut © Rapho



"Según el criterio que se adopte, nuestra concepción de las relaciones entre los tres grandes grupos en que tradicionalmente se ha dividido a la especie humana se modifica por completo: podríamos, por ejemplo, afirmar arbitrariamente que las poblaciones europeas se asemejan más a las poblaciones africanas que a las asiáticas o a la inversa... La respuesta del especialista en genética cuando se le pregunta por el significado de la palabra raza es, pues, clara: ese concepto no corresponde, en la especie humana, a ninguna realidad que pueda afirmarse de manera objetiva y estable... Los criterios de clasificación de las poblaciones humanas aquí representados —arriba, según los grupos sanguíneos; abajo, según las medidas antropométricas— ponen de relieve algunas incoherencias; así, los esquimales que en un árbol aparecen próximos a los indios de Arizona, en el otro están más cerca de los suecos.



Foto: Alamy-DMS



Foto: Christophe Kuno © Rapho

Llamamiento de Atenas

Los científicos desmienten al racismo

LAS personalidades científicas reunidas por la Unesco (Coloquio encargado de examinar las teorías pseudocientíficas invocadas para justificar el racismo y la discriminación racial) exhortan a los pueblos del mundo y a todos los seres humanos a fundar sus actitudes, conductas y expresiones en las siguientes conclusiones formuladas por la ciencia hoy en día en relación con la cuestión racial:

1. Los descubrimientos antropológicos más recientes confirman la unidad de la especie humana.

2. La dispersión geográfica de la especie humana ha favorecido su diferenciación racial sin por ello alterar su unidad biológica fundamental.

3. Todas las tentativas de clasificar a la especie humana procurando dar un contenido objetivo al concepto de raza se han establecido a partir de las características físicas aparentes. En realidad, el concepto de raza sólo puede basarse en las características transmisibles, es decir, no en las particularidades físicas aparentes sino en los factores genéticos que las gobiernan.

4. En la actualidad, las técnicas biológicas permiten estudiar dichos factores y revelan una diversidad genética mucho mayor de lo que se pensaba.

5. En general, en virtud de dicha diversidad genética difieren mucho más las estructuras genéticas de dos individuos pertenecientes a una misma población que las estructuras genéticas medias de dos poblaciones. En virtud de esta comprobación, resulta imposible formular cualquier definición objetiva y estable de las razas humanas, y esta expresión pierde gran parte de sus alcances biológicos.

6. Cualesquiera sean las diversidades comprobadas, la biología no permite en modo alguno establecer una jerarquía entre los individuos y las poblaciones, sobre todo teniendo en cuenta que en realidad ningún grupo humano posee un patrimonio genético constante. De todos modos sería arbitrario pasar de la comprobación de una diferencia a la afirmación de una relación de superioridad—inferioridad.

7. En realidad, a cada ser humano corresponde una combinación genética única entre todas las innumerables combinaciones posibles.

8. El hombre ha desarrollado la cultura, lo que ha permitido a la especie humana adaptarse a los diferentes medios ecológicos y transformarlos en función de sus necesidades.

9. El predominio de la cultura constituye la especificidad de la especie humana y priva de sentido a las explicaciones del comportamiento humano basadas únicamente en el estudio de los comportamientos animales. De ningún modo pueden atribuirse a diferencias genéticas las variaciones de los comportamientos colectivos

10. Entre las características esenciales del hombre, la actividad intelectual ocupa un sitio privilegiado. Para caracterizar dicha actividad, algunas ciencias han desarrollado técnicas de medición.

11. Elaboradas para comparar a los individuos en el seno de una misma población, dichas técnicas no pueden emplearse por definición en forma valedera para comparar distintas poblaciones entre sí.

12. Con mayor razón, todo juicio de valor sobre las capacidades intelectuales de tal o cual grupo basado en dichas mediciones carece totalmente de fundamento.

13. En realidad, la complejidad de la interacción entre los factores biológicos y los factores culturales quita todo sentido a la cuestión de la parte que corresponde respectivamente a lo innato y lo adquirido.

14. Resulta inadmisibles y carente de fundamento científico utilizar los resultados de las pruebas psicológicas y en especial el cociente intelectual a los fines del ostracismo y la discriminación racial.

15. En la esfera de las ciencias sociales, nada permite afirmar que el racismo constituye una conducta colectiva que se manifiesta fatalmente cuando dominan ciertos tipos de relación social entre grupos étnicos diferentes. La pluralidad y la coexistencia de culturas y razas en numerosas sociedades constituyen, por el contrario, la forma más feliz de enriquecimiento recíproco entre los pueblos.

16. El racismo tiene diversos rostros y constituye en realidad un fenómeno complejo en el que intervienen múltiples factores económicos, políticos, históricos, culturales, sociales y psicológicos. No es posible combatir con eficacia el racismo sin intervenir sobre dichos factores.

17. A menudo, el racismo constituye un instrumento que utilizan ciertos grupos para

afirmar su poder político y económico: los casos más graves son los del apartheid y el genocidio.

18. El racismo consiste también en negar que ciertos pueblos poseen una historia y en desconocer sus contribuciones al progreso de la humanidad.

19. El análisis cuantitativo de los fenómenos sociales permite ilustrar la reflexión sociológica y económica, pero también puede servir a los fines de la exclusión y la segregación. La aplicación de cuotas, umbrales de tolerancia de "numerus clausus" sobre una base étnica o racial debe ser denunciada cuando viola los principios fundamentales de los derechos humanos. Empero, resulta legítimo tomar medidas destinadas a compensar los daños ocasionados a los grupos desfavorecidos.

20. Participar en la actividad científica consiste en asumir una parte importante de responsabilidad en el porvenir social del hombre. Frente al racismo, dicha responsabilidad implica elecciones políticas y éticas. Toda investigación científica, sobre todo en la esfera de las ciencias humanas y sociales, debe ajustarse al respeto de la dignidad humana.

21. El reconocimiento de los riesgos que implican para la humanidad algunas de las aplicaciones de la ciencia debe conducir, no a oponerse a la ciencia sino a difundir en la opinión pública una verdadera actitud científica, es decir, una actitud de espíritu crítico y constante cuestionamiento y no una mera acumulación de verdades. La lucha contra el racismo en todas sus formas necesita de una amplia participación de los científicos en dicha difusión, en especial por medio de los sistemas educativos y los medios de información.

22. Por consiguiente, es necesario que los científicos, por encima de las diferencias o divergencias que los separen, procuren mantener en sus trabajos y conclusiones la objetividad necesaria para que no puedan servir de pretexto para falsificaciones e interpretaciones que perjudiquen al género humano.

Atenas, 3 de abril de 1981

A. C. Bayonas (Grecia), historiador y filósofo
T. Ben Jellun (Marruecos), filósofo y escritor
J. Bjørnebye (Noruega), filólogo
A. Budhiba (Túnez), sociólogo
H. Condamine (Francia), genetista
E. Czeizel (Hungría), genetista
M. Diabate (Costa de Marfil), etnosociólogo
C. A. Diop (Senegal), antropólogo
R. Droz (Suiza), psicólogo
M. Fragnals (Cuba), etnólogo
S. Ganovés (México), antropólogo
A. Jacquard (Francia), genetista y matemático
J. Ki-Zerbo (Alto Volta), historiador
C. B. Krimbas (Grecia), genetista
E. Nevo (Israel), genetista
H. Tawa (Libano), historiador y matemático
D. Trichopoulos (Grecia), profesor de medicina
T. Tsunoda (Japón), profesor de medicina
P. Vegleris (Grecia), abogado y profesor de derecho
L. P. Vidyarthi (India), antropólogo
G. Wald (EE. UU.), Premio Nobel de medicina
A. Yotopoulos Marangopoulos (Grecia), Presidente de la Fundación para los Derechos Humanos de Atenas
I. M. Zolotareva (URSS), antropóloga

Carlos J. Finlay, vencedor de la fiebre amarilla

HACE cien años, las enfermedades de los trópicos eran aún poco conocidas y constituían, por lo general, verdaderos azotes para los pueblos que habitaban las zonas más cálidas de nuestro planeta. Hoy, aunque no todas las enfermedades tropicales han desaparecido y muchas continúan siendo plagas de terribles consecuencias para la humanidad, puede decirse ya que algunas han sido erradicadas en su totalidad o, al menos, han perdido importancia.

La primera enfermedad tropical que quedó eliminada de zonas donde se la consideraba endémica fue la fiebre amarilla. Sus epidemias afectaban, sobre todo, a ciudades costeras tales como La Habana, Veracruz, Río de Janeiro y otros puertos de América Central y del Sur, así como a zonas relativamente extensas del África occidental, alcanzando a veces zonas de clima más templado, como el valle del río Misisipi, por ejemplo, donde en 1878 causara más de 13.000 muertes, y otras regiones de la América del Norte e, incluso, de Europa.

Dos cuestiones resultaban centrales en el análisis de las causas de la fiebre amarilla. Una se refería a la naturaleza del agente patógeno que la provocaba, mientras que la otra tenía que ver con las peculiaridades de su transmisión ya que se sabía que podía propagarse a distancias relativamente grandes sin que hubiese necesariamente un enfermo en la inmediata proximidad de cada nuevo brote.

Aun sabiendo que el organismo patógeno causante de la fiebre amarilla podía ser "un virus amorfo, un germen animal o vegetal o una bacteria", el médico cubano Carlos J. Finlay (1833-1915) estaba más interesado en conocer el modo de propagación de la enfermedad que en determinar qué microorganismo la causaba. Entre 1879 y 1880, Finlay concentró sus esfuerzos en aclarar en qué órganos del cuerpo humano se manifestaban los primeros síntomas de la enfermedad. Sus estudios a este respecto lo llevaron al convencimiento de que el germen causante del mal se alojaba primero en las paredes de los vasos sanguíneos. Resultaba posible,

por Pedro M. Pruna
y Rafael O. Pedraza



por tanto, suponer que se introducía en la sangre de los seres humanos, utilizando para ello algún medio de transmisión aun desconocido.

No son raros los momentos en la historia de la ciencia en que un hecho aparentemente poco relacionado con aquello que se está investigando sirve de inspiración a un descubrimiento científico. El descubrimiento realizado por Finlay representa, precisamente, uno de estos momentos. La fuente de inspiración fue la lectura de una obra donde se describía la roya del trigo, enfermedad causada por un hongo, parte de cuyo ciclo vital transcurre en una planta intermediaria. Finlay comprendió, de inmediato, que las peculiaridades epidemiológicas de la fiebre amarilla podían explicarse si existía un agente intermediario activo, capaz de inocular a los sujetos sanos la sangre de los enfermos y, por ende, el germen causante de la enfermedad.

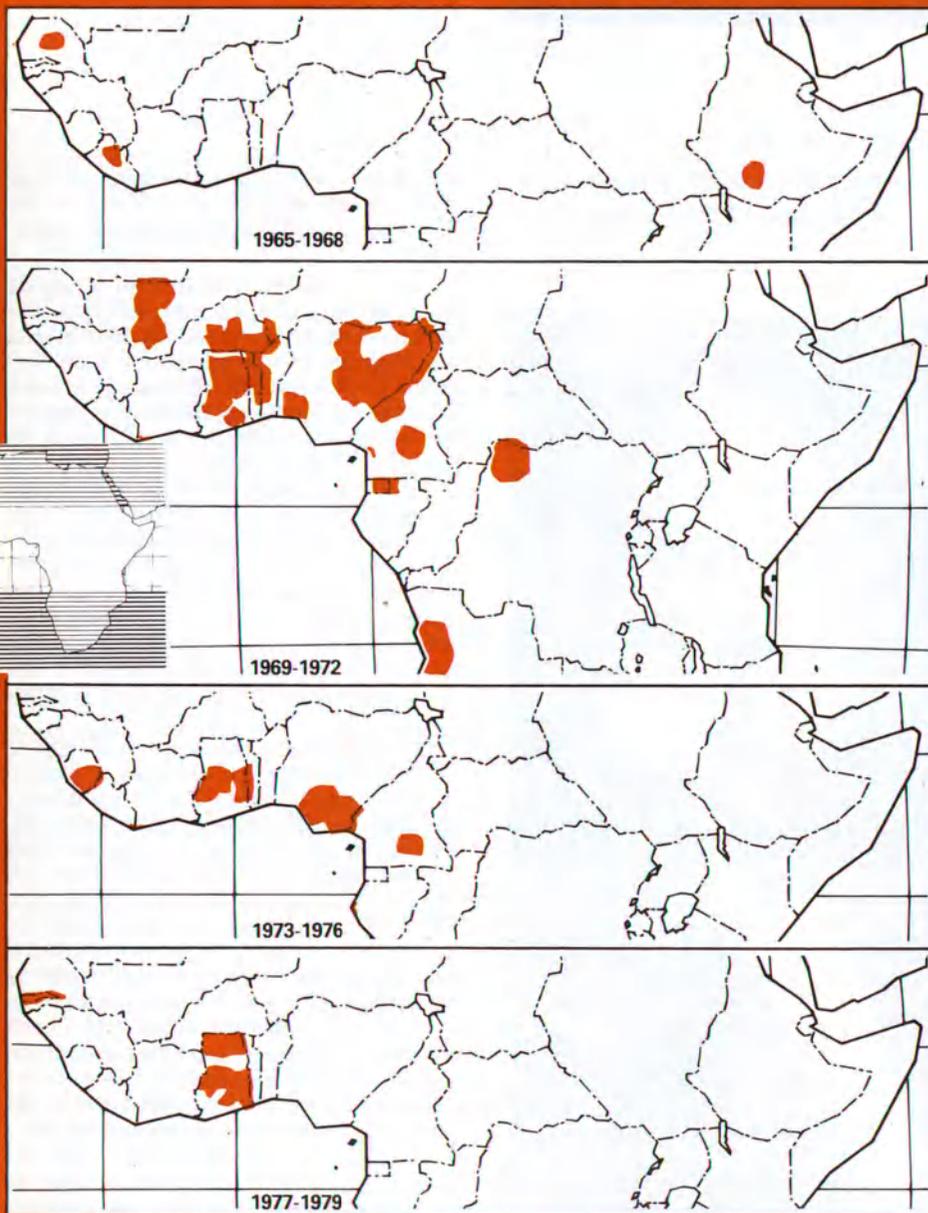
La hipótesis de la existencia de un agente trasmisor fue expuesta por Finlay en febrero de 1881 ante la Conferencia Sanitaria Internacional reunida en Washington. Unos meses más tarde, en agosto, sus observaciones habían avanzado ya hasta tal punto que, en una intervención ante la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana pudo señalar, con asombrosa precisión, de qué agente se trataba. El vector de la fiebre amarilla, indicó Finlay, era un mosquito cuya descripción correspondía a la de la especie que hoy conocemos como *Aedes aegypti*. Por primera vez se afirmaba que un microorganismo patógeno era transmitido de persona a persona, por un vector biológico.

Hasta Finlay, las teorías enunciadas para explicar la transmisión de la fiebre amarilla, de un sujeto enfermo a uno sano, se debatían en una gran confusión, enfrentándose dos grandes tendencias: la de los *contagionistas*, que afirmaban la transmisión por intermedio de secreciones, ropas y contacto directo, y la de los *miasmáticos*, que inculpaban a las emanaciones pútridas de los pantanos.

Lo esencial de la obra de Finlay, vista ésta con una perspectiva histórica, consiste no



Mapas temáticos de fiebre amarilla hebdomadaria de la OMS, n° 86, Ginebra, 1981.



De ser una enfermedad tropical endémica hace un siglo, cuando Carlos Finlay descubrió la vacuna contra ella, la fiebre amarilla ha pasado a ser hoy una enfermedad controlada en gran parte de América y de África. Los mapas de la parte superior muestran la evolución de la incidencia de la enfermedad en América del Sur entre 1965 y 1979. Las zonas con entramado indican las regiones donde se señalaron casos de fiebre amarilla de la selva. En los cuatro mapas parciales de África se observa una evolución distinta de la enfermedad durante el mismo período, con brotes localizados en tres países que en los años siguientes se propagan rápidamente a otros países para ir decreciendo y quedar muy localizados en sólo dos de ellos en 1979. En el combate de las autoridades sanitarias de los diversos países contra este grave azote la vacunación generalizada de las poblaciones es el arma esencial.

► sólo en la identificación del agente trasmisor, sino en su concepción de que en determinadas enfermedades prevalece una transmisión no por contagio directo, de persona a persona, sino por una forma nueva de contagio, a través de un vector biológico.

La teoría de los vectores biológicos tiene, como se reconoce hoy ampliamente, una doble paternidad. Carlos J. Finlay y Patrick Manson la enunciaron y comprobaron, por primera vez y de manera casi simultánea, en cuanto a la fiebre amarilla y a la filariasis, respectivamente. Fue Finlay, sin embargo, el primero en afirmarla en relación con un microorganismo.

El médico cubano tuvo, además, el mérito de explicar por qué la población nativa de Cuba sufría menos de la fiebre amarilla que los extranjeros recién llegados al país. Supuso, correctamente, que los cubanos habían desarrollado cierta inmunidad al mal y que el mosquito había actuado como una especie de "vacunador" de la población permanente del país. Esta era también una explicación muy avanzada para la época.

En 1898 Finlay propuso el método de lucha que, cuatro años más tarde, iba a aplicarse para erradicar la enfermedad en Cuba: la destrucción de las larvas del mosquito en los depósitos de agua donde vivía, utilizando para ello sustancias químicas.

A pesar de que Finlay había realizado, hasta el año 1900, más de cien inoculaciones utilizando al mosquito como vector y de que muchos de los resultados así obtenidos constituían pruebas a favor de su teoría, ésta no había sido confirmada por ningún otro autor. La oportunidad de realizar una comprobación imparcial se presentó al arribar a Cuba, en 1900, una comisión de médicos norteamericanos, dirigida por Walter Reed, cuya tarea consistía en investigar las causas de la fiebre amarilla; pero esta comisión estaba más interesada en determinar qué microorganismo patógeno causaba la enfermedad (llegando, por exclusión, a concluir que se trataba de un "virus filtrable") que en estudiar las peculiaridades de la propagación de la misma.

Sólo gracias a la insistencia de Finlay ante las autoridades interventoras de los Estados Unidos en Cuba, accedió la comisión, con considerable escepticismo, a examinar las

Las fronteras indicadas en estos mapas no suponen reconocimiento oficial alguno por parte de la OMS o de las Naciones Unidas.

EL MENSAJE DE SAN BENITO

tesis y los datos que aquél presentaba y a repetir, en condiciones controladas, los experimentos del médico cubano, confirmando así en lo fundamental los resultados obtenidos por éste. Debe añadirse que el único de los miembros de la comisión que creía en la teoría de Finlay —el joven médico Jesse Lazear— murió durante una comprobación experimental, realizada por iniciativa propia, de dicha teoría.

Años más tarde, William Gorgas, que dirigió la posterior campaña de erradicación de la fiebre amarilla en Cuba y en Panamá, escribiría a Finlay lo siguiente:

“Si cuando fuimos a Cuba hubiésemos seguido las indicaciones de Ud., se hubieran obtenido en 1899 los mismos resultados que se lograron después, en 1901, e iría aún más lejos para decir, como creo, que merced a los trabajos de Ud. y a su defensa personal de la teoría del mosquito, la Comisión Americana, de la que Reed fue presidente, fue llevada a investigar la teoría del mosquito y que si Ud. no hubiese realizado los trabajos que había efectuado a este respecto en 1900, la Comisión Americana no hubiese emprendido nunca la investigación de la teoría del mosquito”.

El primer científico de renombre internacional que reconoció los grandes méritos de la obra de Finlay fue el destacado investigador de la malaria Sir Ronald Ross, quien en 1902 recibiera el Premio Nobel de Medicina y que dos años más tarde propusiera a Finlay para dicho galardón. Aunque el médico cubano nunca llegó a recibir tan merecido honor, sí tuvo el privilegio de aceptar personalmente numerosas pruebas del reconocimiento cada vez más universal prodigado a su obra. Le fueron conferidos el premio Breant de la Academia de Medicina de Francia, de la cual fue elegido miembro, y la medalla Mary Kingsley, otorgada por la Universidad de Liverpool. Recibió, asimismo, la Legión de Honor, concedida por el gobierno francés.

Por acuerdo del Congreso Médico Panamericano celebrado en 1933, se escogió el 3 de diciembre de cada año —aniversario del nacimiento de Finlay— para celebrar el Día de la Medicina Americana; diversos congresos internacionales de historia de la medicina se han encargado de resaltar la trascendencia del descubrimiento realizado por Finlay, y la Unesco estableció, hace pocos años, el premio que lleva su nombre. Sin embargo, quizás el mejor homenaje a la labor de Finlay y a su persona sea el recuerdo permanente de lo que su descubrimiento significó y significa: desde la primera década de este siglo no ha habido en Cuba ni un solo caso de fiebre amarilla y, desde entonces, la enfermedad ha sido erradicada en muchos otros países de América Latina, en los Estados Unidos y dondequiera que han sido puestos en práctica los principios establecidos por el sabio investigador cubano.

P. Pruna y R. Pedraza

PEDRO M. PRUNA, biólogo cubano, es secretario científico del Centro de Estudios de Historia y Organización de la Ciencia “Carlos J. Finlay” de la Academia de Ciencias de Cuba.

RAFAEL O. PEDRAZA, médico cubano, es presidente de la Sociedad Cubana de Historia de la Medicina.



Foto © Biblioteca Nacional, París

De la vida de San Benito sólo conocemos la relación que de ella hizo, a cincuenta años de distancia, el papa San Gregorio Magno en el segundo libro de sus *Diálogos* (593-594). En esta miniatura, tomada de *Miracles de saint Benoît par saint Grégoire, Adrevaldus et Aimoin*, de 1437, San Gregorio Magno aparece recogiendo testimonios sobre la vida del santo italiano.

A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

por Gregorio Penco

EN Occidente siempre se ha hablado mucho de San Benito. Pero este interés fue particularmente vivo durante el pasado año de 1980 por celebrarse en él el 15° centenario de su nacimiento. Ese interés se debe a que, por lejano que esté de nosotros en el tiempo y en relación con las condiciones de vida, de la persona y de la obra del santo italiano nos llega un mensaje aun actual. Veamos brevemente de qué índole es ese mensaje.

San Benito fue un monje, es decir un solitario, un cristiano del siglo VI. Nacido en Norcia (Italia) en el año 480 y muerto en 547, pertenece a esa categoría de personas que, llevadas por el deseo de una más íntima unión con Dios y por el impulso de una llamada particular, dejan el mundo para consagrarse enteramente al servicio divino en la oración y la penitencia. Tras un breve pe-

riodo de estudio en Roma, San Benito se retiró para llevar una vida solitaria a una gruta cerca de Subiaco, donde iba a permanecer durante tres años. En esa misma localidad fundó seguidamente trece monasterios. Tras abandonar Subiaco, fundó por fin el célebre monasterio de Montecassino (que durante la segunda guerra mundial fue totalmente destruido por cuarta vez). Allí murió en el año 547. De su vida sabemos gracias al relato que de ella nos dejó, a medio siglo de distancia, el papa San Gregorio Magno en el segundo libro de sus *Diálogos*.

San Benito es, pues, sobre todo un asceta, un contemplativo, un hombre de Dios

GREGORIO PENCO, monje benedictino italiano del monasterio de Agrano, cerca de Novara, es un teólogo especializado en historia monástica.



Foto © Scala, Florencia



Foto © Museo Británico, Londres

Las obras de los grandes artistas que se han inspirado en San Benito constituyen uno de los conjuntos más ricos de la iconografía de los santos de Occidente. En este fresco del siglo XV (arriba a la izquierda), obra del pintor italiano Mariano di Matteo da Roma, el santo, con dos dedos en los labios, invita a sus monjes a una actitud de recogimiento y de concentración espiritual en el silencio. Enteramente distinta es la imagen que del "Patriarca de los monjes de Occidente" nos ha dejado Pedro Pablo Rubens, el gran pintor flamenco de la época barroca, en el dibujo de la derecha (hacia 1605), basado en un retrato de San Benito realizado por el pintor italiano Giovanni Bellini. En él aparece el santo, apoyado en un báculo y con una gran Biblia abierta en la mano, acompañado de San Marcos. La autoridad de la mirada y del porte recuerda el papel decisivo que en la historia del desarrollo espiritual y temporal de Europa desempeñó San Benito.

En un episodio célebre, contado por San Gregorio Magno, San Benito amonestó a Totila, rey de los godos, que dominaba entonces gran parte de Italia, diciéndole : "Haces mucho mal, has hecho mucho mal. ¡Deja ya de ser tan cruel!". Ese intrépido llamamiento a la paz y a la justicia, dirigido por el monje retirado del mundo a uno de los poderosos de su época, aparece como un símbolo de la superioridad del Verbo sobre el lenguaje de las armas en esta miniatura en que figuran el santo y el rey, tomada de "Milagros de San Benito", del cronista flamenco Jean de Stavelot.



Foto © Biblioteca Nacional, París

► (así le llama su biógrafo). Pero es también un legislador. En efecto, él compuso una Regla en la que expresó y codificó su experiencia de la vida monástica, una Regla destinada en primer lugar al monasterio de Montecassino y que después se aplicó a otros muchos monasterios que quisieron adoptarla. Naturalmente, el movimiento monástico existía ya desde hacía dos siglos en Occidente, donde había producido figuras insignes como San Martín de Tours y dado vida a diversas reglas. Lo que aun faltaba era un texto armónico, discreto y equilibrado que permitiese acceder a la vida monacal a aquellas personas no dotadas de cualidades físicas y espirituales extraordinarias y, sobre todo, que confiriera a la comunidad de los monjes una organización sabia y robusta, capaz de resistir a todas las vicisitudes del tiempo.

San Benito, a quien anima una fe profunda, quiere que toda su construcción espiritual descansa en esa misma fe. A este respecto, se ha hablado de un "cristocentrismo" de la Regla benedictina porque en toda

persona (el abad o superior, el hermano, el enfermo, el huésped) la mirada de la fe debe reconocer la presencia de Cristo. Tratándose de una comunidad que se forma y vive con un fin eminentemente religioso (la búsqueda de Dios), la actividad primera es la oración, que San Benito llama *Opus Dei*, la obra de Dios por excelencia.

La oración, que ha de tener lugar en una serie de momentos determinados del día, se compone esencialmente de Salmos y de lecturas. De ahí que su texto primario sea la Biblia, acompañada por los comentarios de los Padres de la Iglesia. Mediante la oración el monje puede expresar el don renovado de la amistad con Dios, un coloquio personal con él y una loa comunitaria en que toda la creación queda asociada a la celebración de la grandeza de Dios en el mundo y en la historia.

Ligada a elementos tales como la Biblia y la liturgia, la oración monástica tiene pues un carácter eminentemente objetivo, a diferencia de otras escuelas de espiritualidad

más bien orientadas hacia la introspección y la intimidad. También en esta esfera había ya conocido la tradición cristiana otros grandes maestros de oración y de vida contemplativa (piénsese en los Padres de Oriente y en los monjes del desierto); pero en esto como en otras cosas el genio de San Benito fue capaz de elaborar una formulación propia, a base de armonía y de buen gusto, que revela toda la importancia que el santo atribuía a tales actividades.

Otro elemento importante de la Regla de San Benito es el trabajo, hasta el punto de que la tradición posterior materializó esa importancia en la fórmula *Ora et labora* (Ora y trabaja), fórmula que no está de todos modos en la Regla. Con el trabajo, entonces reservado en general a los esclavos, no sólo se evita el peligro de la ociosidad enemiga del alma sino que se provee al propio sustento y a la asistencia de pobres y peregrinos. A este propósito, la Regla habla explícitamente de "artes", es decir de oficios ejercidos por los monjes dentro del monasterio, mientras que para los trabajos externos utilizaban general-



Foto © Michel Hayaux de Tilly, Paris

“Siervo u hombre libre, todos somos uno en Cristo y bajo un solo Señor militamos soportando un mismo yugo de servidumbre”, escribió San Benito en su Regla. En el monasterio benedictino, el superior, jefe y padre de los monjes, no toma decisión alguna de importancia sin consultar a la comunidad o al consejo de ancianos. Algunos autores, al tratar de la organización de la vida benedictina, han llegado a calificarla de “democracia monástica”. Imagen de ese espíritu comunitario es la comida de los monjes en medio de un silencio que sólo interrumpe la lectura, tal como puede verse en este detalle de un fresco del pintor italiano Sodoma, titulado *La multiplicación de los sacos de harina* (1505-1508).

mente colonos. Pero también se prevé que, en caso de necesidad, los monjes puedan participar en los trabajos agrícolas, de la misma manera que se fija una justa medida para la comida y para el descanso, dejando de todos modos un amplio margen discrecional a la decisión del abad.

Estas normas, aparentemente simples y destinadas a un mundo cerrado y ajeno a la sociedad como es un monasterio, iban a revelarse sobremanera fructuosas en los siglos sucesivos. Debe señalarse que San Benito vivió en una época de profundas transformaciones, pocos decenios después de la caída del Imperio Romano de Occidente (476), en un periodo caracterizado por graves crisis y trastornos a los que no escapaban ni siquiera las instituciones religiosas, con las intensas migraciones de pueblos de las que iba a nacer la Europa medieval. Aunque no quepa suponer un encargo explícito de los papas respecto de la composición de la Regla con vistas a la conversión de esos pueblos al cristianismo y menos aun una preocupación de esa índole en el santo mismo, que nunca quiso renunciar en lo más mínimo a su ideal de soledad y de apartamiento del mundo, las bases que él puso iban resultar decisivas en relación con tal empresa.

Al formarse el Sacro Romano Imperio con Carlomagno y sus sucesores (siglo IX), la Regla benedictina es adoptada cada vez más ampliamente hasta convertirse en el texto monástico casi exclusivo de la época. De este modo las innumerables fundaciones monásticas pueden ser gobernadas con un texto sobremanera sabio y discreto, aunque conservando una autonomía casi total.

A fines del siglo VI el Papa San Gregorio Magno envió unos cuarenta monjes a que convirtieran Inglaterra (hecho de gran importancia para la historia religiosa de aquel país). Pero en los siglos VIII al X serán los monjes anglosajones —en particular San Bonifacio— los que se trasladarán al continente, al corazón mismo de Europa, a aquellas regiones a las que no había llegado la antigua civilización romana, con el propósito de convertir a los pueblos germánicos. La evangelización monástica se orientará después hacia los pueblos escandinavos y eslavos, de modo que fe cristiana y expansión monacal irán durante siglos de par.

Para defenderse de los peligros externos y del aislamiento, los monasterios constatarán en un determinado momento la necesidad de unirse en organismos más amplios —precursores de las modernas órdenes religiosas—. Ello comenzó con el famoso monasterio francés de Cluny, en Borgoña, fundado en 910, seguido por otros muchos, entre ellos en primer lugar Cîteaux (Cister), donde a comienzos del siglo XII iba a ingresar San Bernardo acompañado por una treintena de parientes y amigos.

Gracias a esa expansión el movimiento benedictino siguió de cerca todas las vicisitudes de la Iglesia y de la sociedad, respaldando a la primera en la obra de reforma espiritual para defenderse de las injerencias mundanas y laicas y compenetrándose con la sociedad respecto de los ciclos de producción, de la introducción de nuevas técnicas artesanales y del desarrollo de la agricultura y del comercio. Además, cada monasterio poseía un albergue para peregrinos y a menudo un auténtico hospital y en muchos casos se hallaba situado junto a una vía de tránsito importante de cuyo mantenimiento se encargaba.



Foto © Biblioteca Bodleiana, Oxford

La obra civilizadora y cultural de los monasterios benedictinos, que sumaban más de 100.000 en Europa a fines del siglo XII, fue considerable. Mediante sus talleres de copistas los monjes contribuyeron a transmitir al mundo moderno el patrimonio literario de la Antigüedad y sus escuelas desempeñaron un papel pedagógico preponderante. Arriba: miniatura del siglo XV que representa a Constante el Africano (monje de Montecassino, del siglo XI, que transmitió a Europa los elementos de la farmacopea árabe) estableciendo un diagnóstico por medio de la uroscopia. Abajo: el taller de los copistas de la abadía de Echternach (Luxemburgo), miniatura del siglo XI.

Fotos tomadas de *Saint Benoît père de l'Occident* © Ediciones Fonds Mercator, Amberes



“Ora y trabaja”

La jornada diaria de los monjes, repartida entre la oración y el trabajo, estaba regulada por un horario fijo indicado por el tañido de las campanas. Uno de los aspectos originales de la Regla de San Benito es la importancia que atribuye, por razones puramente espirituales, al trabajo manual que aun hoy día ocupa un lugar similar al de la oración en las actividades monacales cotidianas. Gracias a esta ética del trabajo los benedictinos contribuyeron de manera decisiva al auge económico y social de Europa en la Edad Media. Arriba: una letra inicial (E) iluminada y adornada con campanas, tomada de la Biblia de la abadía de Saint-Eloi (norte de Francia) que data aproximadamente de 1250; un monje predicando, talla en madera de un estalo asiento de coro de la abadía de Saint-Lucien de Beauvais; y otra talla de un estalo de la misma abadía, que nos muestra a un monje con una mantequera.



Foto © Biblioteca de la Universidad de Bremen (facsimil Wiesbaden 1981)



Foto © Bernd Urban, Amberes

San Benito no se propuso jamás fundar una orden de misioneros. Sin embargo, el renombre del ermitaño que fue en sus comienzos le llevó a predicar la fe cristiana a todos los que a él iban y sus monjes hicieron luego obra de predicación en gran parte de Europa. En el año 529 el santo fundó, en el solar de un antiguo templo de Apolo, el monasterio de Montecassino, varias veces destruido y reconstruido por última vez en 1944. El monasterio constituyó un importante centro de cultura y fue un taller de copistas en la Edad Media. Arriba : los monjes de Vicovaro piden a San Benito que sea su superior, viñeta del breviario de la abadía de Grammont (Francia) que data de 1450, aproximadamente. Abajo : Montecassino, cuna del monacato benedictino.



Foto © I-Buga SAS, Milán

► Pero, sobre todo, la vida espiritual, en su acepción más amplia, recibió de los monasterios benedictinos un impulso extraordinario, en épocas en que pocas otras instituciones podían realizar una actividad semejante. Cada monasterio poseía una biblioteca y un laboratorio para la transcripción de los códices que eran necesarios no sólo para los oficios litúrgicos sino también para el estudio y la formación cultural de los monjes. En unos tiempos en que se estaba produciendo en toda la sociedad un medroso declive de las condiciones culturales, los libros de esas bibliotecas constituían con frecuencia el único patrimonio de ese tipo. Gracias a tales bibliotecas pudieron transcribirse y conservarse no sólo los textos sagrados del cristianismo sino también los clásicos de las literaturas antiguas (griega y romana), prestando así un servicio inestimable a la civilización en cuyo desarrollo impidieron que se produjeran rupturas irreparables.

Pero la obra de San Benito y de su descendencia religiosa merece ser recordada sobre todo por los valores espirituales que supo defender y mantener vivos en Occidente hasta los comienzos de la edad moderna, cuando la modificación de las condiciones históricas hizo necesario que surgieran nuevas órdenes religiosas dotadas de unas finalidades religiosas y de una preparación apostólica más explícitas. La organización del trabajo, el sentido de la oración, la posibilidad de una vida asociada que sólo podía darse en torno a los monasterios constituyen otros tantos valores que el movimiento monástico benedictino propagó en la sociedad medieval. El alma más profunda de Europa fue plasmada por los hijos del santo italiano dando vida a una cultura que, aun dentro de la variedad de sus formas nacionales y locales, era profundamente unitaria porque alcanzaba a las fuentes mismas y llevaba a compartir la fe única, la que se basaba en la Biblia y en la tradición de la Iglesia.

Durante siglos el ideal de la santidad se mantuvo tal como lo había forjado la vida monástica. Los santos benedictinos (canonizados o no) son varios millares. Esos santos han sido maestros de vida espiritual, consejeros de papas y emperadores, fundadores de monasterios y de ciudades, evangelizadores de pueblos. Muchos de ellos fueron también Doctores de la Iglesia — en especial San Beda, San Pedro Damián, San Anselmo y San Bernardo— y favorecieron el nacimiento de un tipo particular de teología llamada precisamente "teología monástica" porque la cultivaban los monjes en función de su vida de oración y de unión con Dios. Esa producción literaria representa también un valor perenne en la medida en que favorece la unidad entre oración y vida, entre fe y caridad, entre culto y cultura.

Así, a tan gran distancia de siglos, la paternidad espiritual de San Benito se deja sentir aun : la figura del santo italiano llega hasta nosotros como una voz del pasado capaz de ofrecer todavía una enseñanza a los hombres de nuestro tiempo.

G. Penco



Foto © M.T. Cattoir, Paris

Existen en todas las regiones del mundo hombres y mujeres que viven según la Regla de San Benito. Arriba : benedictinas del monasterio de Kubri, en Alto Volta ; abajo : monjes escuchando a su prior en el claustro del pequeño monasterio de Bédouin, en la Provenza francesa.



Foto Gilles © Figaro Magazine, Paris

LATITUDES Y LONGITUDES

Día Mundial de la Alimentación

El 16 de octubre de 1981, fecha en que se cumplirá el 30º aniversario de la fundación de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), será el primer Día Mundial de la Alimentación. La celebración tendrá lugar todos los años en la misma fecha. Ello servirá de ocasión para movilizar a la opinión mundial en torno a los problemas del hambre en el mundo tratando de fomentar los programas de alimentación y de desarrollo, la acción coordinada internacionalmente para hacer frente a estos problemas, la organización de seminarios y debates, etc. La mayoría de los gobiernos y numerosas organizaciones no gubernamentales proyectan realizar actividades con motivo del Día Mundial de la Alimentación. Para obtener mayor información puede escribirse a: Secretaría del Día Mundial de la Alimentación, FAO, via delle Terme di Caracalla, 00100 Roma, Italia.

Un soviético, Premio Kalinga

El último Premio Kalinga para la Divulgación de la Ciencia ha sido concedido al científico soviético Serguei Kapitzka, profesor de física del Instituto Físico-técnico de Moscú. Desde 1973 el profesor Kapitzka viene realizando en la televisión una popular serie científica que tiene una audiencia de 40 millones de personas. Entre los temas que ha tratado en sus programas figuran la energía termonuclear, la gerontología, el humor, los orígenes de la vida y la creatividad en el arte y en la ciencia. El Premio Kalinga, creado en 1951, es concedido anualmente por un jurado que nombra la Unesco a quienes se destacan en las labores de divulgación científica. El premio lleva el nombre del antiguo imperio indio que floreció bajo Ashoka, el ilustré emperador que renunció a la guerra para dedicarse al estudio y a la religión.

Para salvar a los pandas

El Fondo Mundial para la Vida Silvestre ha lanzado una gran campaña internacional en los cinco continentes con el fin de obtener fondos destinados a apoyar los esfuerzos de la República Popular de China para salvar uno de los animales más apreciados del mundo, el gigantesco panda. Es éste el primer proyecto conjunto de conservación del Gobierno chino y de una organización no gubernamental de conservación. Se han iniciado ya los trabajos prácticos de la operación de salvamento, que se inauguró el año pasado en la reserva natural de Wolong, provincia de Sichuang. En el acuerdo preliminar firmado por el Fondo Mundial para la Vida Silvestre y China se afirmaba que el panda "no es sólo una valiosa propiedad del pueblo chino sino también un precioso patrimonio natural que concierne a todos los pueblos del mundo".

Satélites para conmemorar la fundación de Bulgaria

Para conmemorar el treceavo centenario de la fundación del Estado búlgaro van a lanzarse desde el territorio de la URSS dos satélites espaciales "Intercosmos Bulgaria-1300" equipados con material de este país. Su misión será estudiar la interacción de la ionosfera y de la magnetosfera. Desde que se puso en órbita el primer satélite búlgaro en diciembre de 1972, Bulgaria se ha convertido en un país veterano de la exploración espacial.

Una semana mundial del deporte

Un comité intergubernamental auspiciado por la Unesco ha recomendado unánimemente a todos los Estados Miembros que respalden la organización de una Semana

Mundial de Educación Física y Deporte. El comité ha pedido también que se incrementen las contribuciones al fondo internacional para el desarrollo de esas actividades, subrayando la importancia de democratizar el deporte y recomendando la adopción de vastos programas para poner el deporte al alcance de todos.

Nuevos seres descubiertos en el Pacífico

Un barco de investigaciones afirma haber descubierto cerca de las costas de América del Sur unos seres marinos que viven en el fondo del océano Pacífico y que quizá no han sido vistos nunca antes. Del fondo del mar se sabía que era una superficie negra, casi completamente árida, hasta que en 1977 se descubrió cerca de las islas Galápagos una serie de géiseres de agua caliente junto a los cuales vivían comunidades de seres totalmente distintos de los conocidos hasta entonces. Este último hallazgo, realizado por el navío norteamericano *Melville*, puede ser quizá la mayor de esas comunidades. Los géiseres se sitúan en la cresta de una cordillera submarina, la Cordillera del Pacífico Oriental, en la que dos grandes placas de la corteza terrestre se están separando lentamente.

La ciencia y las armas

Unos 400.000 científicos e ingenieros de nivel superior trabajan hoy en todo el mundo en actividades de investigación y desarrollo militares. Su trabajo, que representa el 40 por ciento de estas actividades, constituye el motor principal de la carrera de armamentos y, como tal, representa una amenaza para el futuro de la humanidad. A estas dos tristes conclusiones llegan los colaboradores del último número de la revista trimestral de la Unesco *Impacto. Ciencia y sociedad* (vol. 31, nº 1, enero-marzo de 1981), dedicado al problema de la ciencia y las armas y de sus peligros para la civilización.

En comprimidos...

Según la OMS, el número total de ciegos en el mundo se calcula actualmente en 30 o 40 millones, el 80 por ciento de ellos en el Tercer Mundo.

Por término medio los ciclones causan anualmente la muerte de 20.000 personas y producen pérdidas económicas por un valor de 6.000 a 7.000 millones de dólares, según los cálculos de la Organización Meteorológica Mundial.

El programa Mundial de Alimentos va a enviar 10.000 toneladas de cereales a las poblaciones hambrientas de Mauritania.

Se calcula que durante el periodo de 1982 a 1986 la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial facilitará a los países del Tercer Mundo asistencia técnica por valor de mil millones de dólares.

El parque nacional de Serengeti y la zona de conservación de Ngorongoro, en Tanzania, celebrarán este año su 60º aniversario.

LIBROS RECIBIDOS

Libros de Alianza Editorial, Madrid

• **Antología de la poesía griega (siglos VII-IV a.C.)**
Selección, prólogo y traducción de Carlos García Gual

• **Prosas**
de Rafael Alberti

• **El jugador**
por Fedor Dostoyevski

• **EL horror de Dunwich**
por H.P. Lovecraft

• **El Maestro y Margarita**
por Mijail Bulgakov

• **La tierra de Canaan**
por Isaac Asimov

• **Martín Fierro**
por José Hernández

• **Antología poética**
de Jorge Luis Borges

• **La fortuna de los Rougon**
por Emilio Zola

• **Investigación sobre el conocimiento humano**
por David Hume

• **Sobre la felicidad**
de Séneca
Versión y comentarios de Julián Marías

• **Pensamientos**
de Pascal

• **Cinco lecciones de filosofía**
por Javier Zubiri

• **Inteligencia sentiente**
por Javier Zubiri

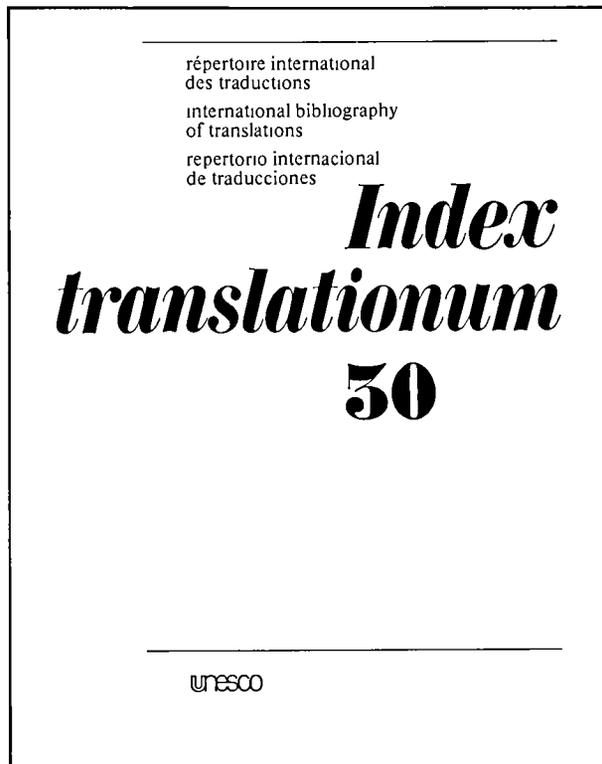
• **La democracia en América**
(Dos volúmenes)
por Alexis de Toqueville

• **Origen y meta de la historia**
por Karl Jaspers

• **Homo sapiens.**
De animal a semidiós
por Bernhard Rensch

• **Introducción a la Constitución española**
por Ramón Tamames

La Unesco acaba de publicar



Una nueva edición del repertorio internacional de traducciones

□ El *Index translationum* da cuenta de todas las traducciones aparecidas en el mundo durante un año (traducciones nuevas y reimpresiones de traducciones ya publicadas).

□ Gracias a este completísimo repertorio, que se prepara con la ayuda de las bibliotecas de numerosos países, los lectores pueden seguir de año en año y de un país a otro la actividad editorial de traducción y conocer, por ejemplo, el número de traducciones correspondientes a cada autor citado.

□ El volumen 30 del *Index translationum*, que acaba de aparecer, enumera 50.430 traducciones publicadas en 1977 en 71 países.

Plurilingüe, con un prefacio en francés, inglés y español

1.010 páginas - 300 francos franceses

Para renovar su suscripción y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en las librerías o directamente al agente general de la Organización. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país.

ANGOLA. (República Popular de) Casa Progresso/Secção Angola Media, Calçada de Gregório Ferreira 30, c.p. 10510, Luanda BG, Luanda.

ARGENTINA. Librería El Correo de la Unesco, EDILYR S.R.L., Tucumán 1685 (P.B."A") 1050 Buenos Aires.

Correo Argentino CENTRAL (BI)	TARIFA REDUCIDA CONCESION No. 274
	FRANQUEO PAGADO CONCESION N° 4074

REP. FED. DE ALEMANIA. Todas las publicaciones con excepción de *El Correo de la Unesco*: Karger Verlag D-8034, Germering / Munchen Postfach 2. Para *El Correo de la Unesco* en español, alemán, inglés y francés: Mr. Herbert Baum, Deutscher Unesco-Kurier Vertrieb, Besaltstrasse 57, 5300 Bonn 3. Mapas científicas solamente: Geo Center, Postfach 800830, 7 Stuttgart 80. — **BOLIVIA.** Los Amigos del Libro, casilla postal 4415, La Paz; Avenida de las Heroínas 3712, casilla

postal 450, Cochabamba. — **BRASIL.** Fundação Getúlio Vargas, Editora-Divisão de Vendas, caixa postal 9.052-ZC-02, Praia de Botafogo 188, Rio de Janeiro, R.J. (CEP. 20000). Livros e Revistas Técnicos Ltda., Av. Brigadeiro Faria Lima, 1709-6° andar, Sao Paulo, y sucursales: Rio de Janeiro, Porto Alegre, Curitiba, Belo Horizonte, Recife — **COLOMBIA.** Cruz del Sur, calle 22, n° 6-32, Bogotá. — **COSTA RICA.** Librería Trejos S.A., apartado 1313, San José. — **CUBA.** Ediciones Cubanas, O'Reilly No. 407, La Habana. — **CHILE.** Editorial Universitaria S.A., Departamento de Importaciones, Casilla 10220, Santiago. — **REPUBLICA DOMINICANA.** Librería Blasco, Avenida Bolívar, No. 402, esq. Hermanos Deligne, Santo Domingo. — **ECUADOR.** Revistas solamente: RAYD de Publicaciones, Av. Colombia 248 (Ed. Jaramillo Arteaga), oficina 205, apartado 2610, Quito; libros solamente: Librería Pomaire, Amazonas 863, Quito; todas las publicaciones: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, casilla de correos 3542, Guayaquil. — **ESPAÑA.** MUNDI-PRENSA LIBROS S.A., Castelló 37, Madrid 1; Ediciones LIBER, Apartado 17, Magdalena 8, Ondárroa (Vizcaya); DONAIRE, Ronda de Outeiro 20, apartado de correos 341, La Coruña; Librería AL-ÁNDALUS, Roldana 1 y 3, Sevilla 4; Librería CASTELLS, Ronda Universidad 13, Barcelona 7. — **ESTADOS UNIDOS DE AMERICA.** Unipub, 345, Park Avenue South, Nueva York, N.Y. 10010. Para *El Correo de la Unesco*: Santillana Publishing Company Inc., 575 Lexington Avenue, Nueva York, N.Y. 10022. — **FILIPINAS.** The Modern Book

Co., 926 Rizal Avenue, P.O. Box 632, Manila, D-404. — **FRANCIA.** Librairie de l'Unesco, 7, place de Fontenoy, 75700 Paris (CCP Paris 12.598-48). — **GUATEMALA.** Comisión Guatemalteca de Cooperación con la Unesco, 3ª Avenida 13-30, Zona 1, apartado postal 244, Guatemala. — **HONDURAS.** Librería Navarro, 2ª Avenida N° 201, Comayaguela, Tegucigalpa. — **JAMAICA.** Sangster's Book Stores Ltd., P.O. Box 366, 101 Water Lane, Kingston. — **MARRUECOS.** Librairie "Aux Belles Images", 281, avenue Mohammed V, Rabat; *El Correo de la Unesco* para el personal docente: Comisión Marroquí para la Unesco, 19, rue Oqba, B.P. 420, Rabat (C.C.P. 324-45). — **MEXICO.** Librería El Correo de la Unesco, Actpán 66, Colonia del Valle, México 12, D.F. — **MOZAMBIQUE.** Instituto Nacional do Livro e do Disco (INLD), Avenida 24 de Julho, 1921, r/c e 1º andar, Maputo. — **PARAGUAY.** Agencia de Diarios y Revistas, Sra. Nelly de García Astillero, Pte. Franco 580, Asunción. — **PERU.** Editorial Losada Peruana, Jirón Contumaza 1050, apartado 472, Lima. — **PORTUGAL.** Dias & Andrade Ltda., Livraria Portugal, rua do Carmo 70-74, Lisboa 1117 Codex. — **PUERTO RICO.** Librería Alma Mater, Cabrera 867, Río Piedras, Puerto Rico 00925. — **REINO UNIDO.** H.M. Stationery Office, P.O. Box 569, Londres S.E. 1. — **URUGUAY.** Editorial Losada Uruguaya, S.A., Maldonado 1092, Montevideo. — **VENEZUELA.** Librería del Este, Av. Francisco de Miranda 52, Edificio Galipán, apartado 60337, Caracas 1060-A; La Muralla Distribuciones, S.A., 4a. Avenida entre 3a. y 4a. transversal, "Quinta Irenalis" Los Palos Grandes, Caracas 106.



AFRICA : 5.000.000 DE REFUGIADOS (Véase el artículo de la pág. 15)